Colección Miscelánea

El tiempo que nos pertenece

Isabel Hernández

e-Dit ARX
PUBLICACIONES DIGITALES

ISABEL HERNÁNDEZ nació en Rosario (Argentina), hija y nieta de migrantes españoles. Es antropóloga y ha dirigido numerosos proyectos de docencia e investigación en diversos centros académicos y universidades de Latinoamérica, siendo autora de varios libros de ciencias políticas y sociales, así como artículos científicos traducidos a distintos idiomas.

Como narradora de ficción publicó en Buenos Aires su primer volumen de relatos *Al mundo nada le importa* (2009) y posteriormente en Santiago de Chile las novelas *Antes de la Fuga* (2011) y *El Esplendor de la derrota* (2012).

Actualmente reside en Santiago de Chile.

El tiempo que nos pertenece

Colección Miscelánea

El tiempo que nos pertenece

Isabel Hernández

e-Dit ARX
PUBLICACIONES DIGITALES

© Isabel Hernández

© De esta edición: e-DitARX Publicaciones digitales

Quedan prohibidos, dentro de los límites contemplados por la legislación vigente, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea informático o mecánico, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la previa autorización por escrito de los titulares.

ISBN 978-84-941758-6-2

Depósito Legal: CS 121-2015

[...]
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.

Antonio Machado

Sufres porque me aleja la fe en un mañana,
que busco afanoso tan sólo por ti.
[...]
Sueño de juventud que muere en tu adiós.

Enrique Santos Discépolo

Esa vana costumbre que me inclina
al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

Jorge Luis Borges

La camisa verde oliva con charreteras planas estaba en un extremo del colgador del ropero. En el otro, con muy pocas prendas en el medio, mi vestido lila estampado, el que usaba para las buenas ocasiones. Era lo que mejor me sentaba, un vestido en el que confiaba más que en cualquier otro dentro de mi escaso vestuario. Era de un fondo lila claro con flores pequeñas de color violeta oscuro. Ceñido y escotado, de una tela suave y delgada, se pegaba a mi cuerpo con docilidad en los hombros y en la cintura; después de marcar las caderas, se acampanaba dejando al aire buena parte de mis piernas. Unas piernas que la moda de la revolución siempre escondía tras mis atuendos militantes, adustos, penitenciales, casi monjiles. Era el viernes 4 de septiembre de 1970, el viernes de la Victoria, había ganado Salvador Allende las elecciones y la primavera se anticipaba en Chile.

I

Daba vueltas y vueltas y no podía dormir. Estaba tendida junto a una ventana y al otro lado el mar: las olas que castigaban con fuerza las arenas de la orilla.

Cambié de posición, me arropé.

Rendida y adormilada, comencé a distinguir una sensación extraña y fría en todo el cuerpo. Era algo difuso y desagradable, pero no lo percibí como una alarma. Me encontré sumergida boca arriba en las profundidades de unas aguas oscuras sobre las que flotaba una tormenta de papeles pequeños.

Desde esa somnolencia, placentera y amarga, vi que las aguas que me cubrían se estancaban o se arremolinaban. Pero los trozos de papel seguían allí, cubriéndome como púas multiformes, como pelos modificados y envueltos en placas de queratina, como si pretendieran introducirse en mi piel.

No me impresionaba, no me asqueaba. La infinidad de papeles se movían en las aguas turbias, surgían en racimos o abanicos, me cubrían partes del dorso con la marcada deformación de varias protuberancias.

Mis amigos, los dueños de la casa de Zapallar, la casa con la ventana frente al mar, habían vivido exiliados en Alemania y, durante los fines de semana en la playa, ocupaban el tiempo leyendo diarios, libros y revistas sobre aquel país al que no terminaban de volver. Una literatura de lo más variada que trasladaban periódicamente desde la casa de Santiago, donde se iba acumulando cuando el tiempo no les alcanzaba para tantas lecturas. Antes de irse a

dormir, me habían comentado un artículo: una reciente investigación sobre un método alemán de informática, a través del que se reconstruía pieza por pieza el contenido de los expedientes secretos de la Stasi, destruidos en Berlín en noviembre de 1989. Año de la caída del Muro en Alemania, año en el que se abrieron las puertas de la democracia en Chile. Las fotos en blanco y negro de la revista mostraban pantallas con guías electrónicas, capaces de reconstruir y otorgarle sentido a una infinidad de archivos destrozados, documentos que alguna vez fueron testimonios acusadores. El artículo informaba que mientras caía el Muro, ni las trituradoras de papel recalentadas ni las manos frenéticas que intentaron despedazarlos, consiguieron hacer desaparecer ese rompecabezas.

Esas imágenes debieron influirme en la frontera lábil que separa la vigilia del sueño. Y era evidente que por algún ímpetu obstinado y desconocido, algo dentro de mí me empujaba a ordenar, con alguna técnica, de alguna forma y con cierta premura, esos retazos de papeles que flotaban sobre mi cuerpo hundido, para darles algún sentido, para encontrarles alguna razón de ser.

El último resplandor de mi conciencia iluminó el puzzle de papel picado que navegaba sobre las aguas turbias que me cubrían, y pensé que no era otra cosa que los archivos de mi propia vida, mi propia Oficina de Seguridad, mi órgano de inteligencia privado, mi particular Ministerium für Staatssicherheit.

También yo había guardado durante más de treinta años una memoria trizada: mi propio *Bureau* de Evidencias. Y en mi caso, había sido fácil tirar a la basura todos los malos recuerdos y conservar los más luminosos, pero sabía muy bien que las huellas de lo vivido afloraban en cada frase que no llegaba a pronunciar, en cada mirada que había pretendido evadir, en ese sentimiento de libertad y de horror que experimentaba al reinventarme todas las mañanas.

Di otras pocas vueltas en la cama, las justas, y me dormí. Me dormí sabiendo que había fundado una idea en mi cabeza de la que no iba a conseguir deshacerme con facilidad.

El mar ya era sólo un rumor lejanísimo.

II

El día siguiente amaneció radiante, pero teníamos que volver. Dejaríamos la playa luminosa. Las olas corrían hacia la costa chisporroteando espuma blanca y las gaviotas lanzaban chillidos excitados. Todos habíamos tomado compromisos en la ciudad, y mis amigos y yo empacamos nuestras ropas, ordenamos vajillas, libros y papeles, cerramos puertas y ventanas y regresamos a Santiago.

Ese lunes yo había quedado en almorzar con Manuel Sepúlveda Ulloa, el escritor. Resultó ser un mediodía glacial de finales de mayo. En la carretera vimos bajar la niebla, y al llegar a las cercanías de Pudahuel, el cielo ya estaba gris y llovía.

Otoño del año 2013 en la capital de Chile.

—Siempre hay una mañana en la que uno se da cuenta de que todos los pájaros se han ido —dijo Manuel ceremonioso.

Mi buen amigo, con muy poco tacto, había insistido en que nos encontráramos en el Mercado Central. Ambos sabíamos que no era un sitio tranquilo para conversar. Él me había comentado por teléfono que tenía una cita más tarde por allí cerca, un grupo de alumnos, un taller, algo así. Manuel siempre tenía pretextos para volver loco a todo el mundo, pero era un tipo encantador, inteligente y creativo y, sólo por estas razones, la mayoría de los amigos dejábamos pasar sus múltiples extravagancias. Aquel mediodía, la incontrolada insistencia sobre el tema de mi próxima novela resultaría ser otra de sus manías.

—Puré rústico. ¡Ja! O sea, papas con cáscaras, pisadas a la como venga. Me acuerdo cuando era joven y pelaba papas en la Vicaría

para que comieran los compañeros refugiados. Ahí me surgían las mejores ideas políticas —rumoreaba mi amigo frente a la lista del menú—. Eran bolsas enormes, no terminaba nunca de pelarlas y me daban tiempo para pensar y pensar. Ahora en cambio está la moda de comer papas con cáscaras. ¡Y ni una puta idea, huevón! Parece que no tener ideas también está de moda.

Desde que nos encontramos en la esquina de San Pablo y Puente, no dejó de hablar. Había llegado casi veinte minutos tarde, pero no se disculpó; él no sabía hacerlo.

La cara de corte afilado y los ojos muy negros, centellantes, los pómulos prominentes, el desorden de sus cabellos oscuros, los labios gruesos que no escatimaban gestos ni palabras y el estudiado desorden de sus ropas, me impulsaron a mirarlo divertida. Pese a que andaba rondando la quinta década, ostentaba una soltería irremediable y aún se lo podía confundir con un estudiante revoltoso; no podía dejar de mirar a Manuel sonriéndole, como se mira a un niño, un niño díscolo y demandante.

Pedimos nuestros platos y, con una vehemencia poco racional, comenzó a insistir en una idea que, según sus párrafos atropellados, venía persiguiéndolo, y tenía que comunicármela de inmediato, desarrollarla en detalle conmigo. Se trataba ni más ni menos de que yo debía escribir sobre mis recuerdos de los años setenta. Tenía que recuperar mis vivencias, las que calificó con entusiasmo casi insolente de andanzas entretenidísimas.

Me costó entenderlo. ¿Qué podía saber Manuel Sepúlveda Ulloa de mis auténticas «andanzas»? Nada, o casi nada.

Probablemente, había relacionado algunos datos de mi biografía con ciertos sucesos políticos, y en su fantasía había hilvanado historias más o menos ficticias, o más o menos turbias, en las que me situaba como protagonista. Para mi gusto, aquello sobrepasaba los límites de mi privacidad; se lo hice notar con un gesto que probablemente le pasó desapercibido.

Manuel se deleitaba con un exuberante congrio frito que hacía disminuir pausadamente y, entre bocado y bocado, continuaba con la cantinela: era poco lo que se había escrito sobre aquellos años,

mejor dicho, mucho en materia periodística y política, pero poco en términos de buena literatura. Él estaba seguro que entre mis recuerdos había muchos ingredientes importantes, para mí y para mi generación.

—Tú, mi querida Julia —insistía, exageraba, apelaba al histrionismo—, escritora destacada, has vivido el comienzo de aquella década de los años setenta siendo muy joven, cruzando las fronteras entre Chile y Argentina con frecuencia, experimentando acontecimientos de gran importancia histórica, a un lado y otro de la cordillera. Y aquella era una época en que el bien y el mal ardían en la misma fiebre, en que la política estaba muy cerca del delito, y la literatura demasiado cerca de la conspiración.

Me pregunté por qué cada conversación con ciertos amigos encerraba necesariamente una pequeña cuota de estupidez.

—¿Lo pensaste alguna vez? —Manuel me hablaba, me miraba con expresión vacía, en silencio, como si quisiera impedir que me perdiera del todo, como si le dieran lástima mis ensimismamientos.

—¿Qué cosa?

—Digo, si pensaste alguna vez qué hubiera pasado en los años setenta si hubieran existido el Internet, los celulares, Facebook, Twitter y todas las redes que finalmente, de una manera u otra nos identifican. ¿Te imaginas? Los Servicios de Inteligencia nos hubieran barrido a todos. No estaríamos aquí conversando.

Yo sonreía. Y creo que Manuel nunca había visto y nunca volvería a ver, una sonrisa tan triste.

Estuve por comentarle mis ensoñaciones de la noche anterior. Hubiera sido bueno, no sólo porque dispondría de un testigo, de un confidente, sino porque mientras contara mis fantasías en voz alta, mis reflexiones adquirirían la categoría de certeza y cobrarían un sentido más sólido. Las confesiones nos salvan de la asfixia.

Pero no me atreví. No lo hice porque antes tenía que convencerme a mí misma de que podía entrar en la caja negra de mis recuerdos, reabrir aquel oscuro Despacho de Evidencias que hacía tanto tiempo había clausurado.

Tratando de esconder la pena, le hablé de la última novela de Delphine de Vigan, de la entrevista del *New York Times* a Philip Roth, y hasta me reí de su frase concluyente: «escribir es una frustración diaria, por no decir una humillación». Manuel siguió desmenuzando con el cuchillo la costra dorada del medallón de congrio, abundó sobre lo tedioso que se estaba poniendo Paul Auster y enseguida volvió a la carga con el tema que lo obsesionaba.

Apuré la copa del frío *sauvignon* blanco y mi ceviche y, a pesar del obligado gesto de humildad con el que aceptaba los elogios que Manuel seguía ofreciéndome sobre mis últimos escritos, me puse visiblemente impaciente.

Balbuceé algo. Sus ojos negros me miraron con fijeza. Tardé en articular mi respuesta y, al final, con una malicia irónica, con una ironía que ostentaba cierta serenidad, me decidí a hablar:

—Soy argentina, por más que haya vivido en Chile la mitad de mi vida. Estoy curada de espanto, Manuel, tanto por lo que ha sucedido allá como acá. La mayoría de las antiguas víctimas hoy ni siquiera se cuentan entre los indignados, perdieron para siempre sus ilusiones. En todas partes. Mirá el mundo entero: Madrid, Estambul, El Cairo, Roma, Río de Janeiro. Mirá las calles de Santiago, sin ir más lejos. La insatisfacción, el caos económico y social indignan, y la indignación es contagiosa, pero no resuelve nada. Vivimos en una sociedad que ha hecho del individualismo y la despolitización sus únicas banderas.

Manuel me acercaba el pan, llenaba mi copa, se reacomodaba en su silla. Probablemente hubiera abierto la boca para decir lo mismo que yo, pero en ese momento sus ojos se encontraron con los míos y entonces ya no fue necesario.

Terminamos de comer en silencio.

A veces los minutos pueden ser tan largos.

—En mi país muchos se reciclaron como menemistas conversos, después como duhaldistas todoterreno, y más tarde fungirían de kirchneristas ortodoxos. Como bien dice nuestro amigo Roberto Retamoso: el espectro del Tano Galimberti sigue asolando la historia de los peronistas de izquierda.

—Claro que sí. Lo sé caleta, como dicen los lolos —y mi amigo puso su mejor cara de pájaro—. Como si no lo supiéramos los dos. El mundo anda buscando una revancha sin conseguirla todavía. Yo no te estoy hablando de pasiones políticas ni de fanatismos incontaminados. Somos viejos pero no anacrónicos. También sé que hoy en la literatura no hay más temas que la droga, el sexo y la bipolaridad, la homosexualidad, la bisexualidad, la pedofilia, como si los escritores jóvenes estuvieran reinventando la rueda. ¡A toda velocidad! No, no te estoy hablando de viejos panfletos, ni de algo primario, ni de ninguna de esas mierdas.

Me miró. Me miró como si no me viera, como si mirara a otras mujeres y a otros hombres exaltados, admirables, tercos, anticuados en el estilo de su abnegación, inservibles y estériles en su sacrificio, aquellos que se habían jugado la vida en vano tantas veces, los que nunca se habían dado por vencidos. Y también los otros, los que no siendo todavía cadáveres, ya estaban muertos de miedo.

Yo sabía muy bien lo que estaba pensando Manuel. Cerré los ojos con impaciencia, volví a abrirlos. El ajetreo de las mesas vecinas, los murmullos, las notas de una cueca y los banderines chilenos me hastiaban, me disgustaban tanto como el olor a aceite rancio, la fruta demasiado madura, los puestos de pescado que a esa hora estaban atiborrados de tripas.

Bajé la mirada y la fijé en el suelo, más allá de la mesa. Crucé los brazos, crucé las piernas y vi servilletas arrugadas, la suciedad del piso a un costado de las sillas. Luego miré mis piernas, las puntas afinadas de mis botas. Mis calzas ajustadas. Me quedé quieta como si hubiera dejado de respirar, y de pronto, ajena a todo lo de alrededor, recordé aquellos viejísimos pantalones de pana azul y botamangas anchas, como patas de elefantes, que cubrían parte de unos bototos de suela gruesa y rústica, que había usado hasta el cansancio durante los años de las ilusiones, en aquellos tiempos en que apostaba hasta el aliento por una revolución que nunca vería triunfar. Y sentí un vértigo extemporáneo, el recuerdo de respirar profundo en medio de una multitud con puños alzados y banderas, frente al azul oscuro de los uniformes del otro lado de las calles, los

jeeps también azules, el humo de los coches con faros protegidos por rejillas de alambre, los guardias con cascos y viseras blindadas, los caballos alzados, brutales.

Me volví hacia Manuel y le sonreí, esta vez sin tristeza. Él tomó mi gesto como una aceptación a su prédica, y festejó mis imaginarios, renovados instintos literarios. Nos abrazamos. Había llegado la hora de salir de aquel mercado atestado de turistas y buscavidas.

Afuera la atmósfera era de niebla, casi blanca, no se veía ni el resplandor del sol. Aquella fue una tarde en la que el otoño se hizo rápidamente invierno.

Volví a mi casa y anduve perdida algunos días entre vagabundeos narrativos y tentativas inacabadas de pedirle prestadas demasiadas cosas a la realidad.

Todos tendemos a contemplar un periodo de la vida a través de una serie de sucesos, y al final descubrimos en ellos mucho más de lo que encontramos en el momento en que se registraron. Hubo noches en las que muchas personas y acontecimientos desfilaron por mi cabeza. Hasta que una mañana, sin saber muy bien por qué, presentí que sobre las ruinas, era posible construir algo.

Tal vez iba a ser necesario atarme a mi silla para escribir, porque había que explorar el dolor, acercarme a sus contornos, a sus pliegues secretos. Y, sin embargo, sentí que estaba llegando el momento de hacerlo.

Al fin y al cabo nadie puede maldecir su pasado. Cuando nos obligan a mirarlo, aparecen imágenes que son como trampolines para nuestra recuperación, y hasta la nostalgia puede ser terapéutica.

Durante los días que siguieron, nadie, ni siquiera Gonzalo, mi pareja, ni siquiera Nacho, mi hijo, nadie alrededor mío, percibió que andaba visitando otros mundos. Fue durante un tiempo largo, imposible de calcular.

III

La camisa verde oliva con charreteras planas estaba en un extremo del colgador del ropero. En el otro, con muy pocas prendas en el medio, mi vestido lila estampado, el que usaba para las buenas ocasiones. Era lo que mejor me sentaba, un vestido en el que confiaba más que en cualquier otro dentro de mi escaso vestuario. Era de un fondo lila claro con flores pequeñas de color violeta oscuro. Ceñido y escotado, de una tela suave y delgada, se pegaba a mi cuerpo con docilidad en los hombros y en la cintura; después de marcar las caderas, se acampanaba dejando al aire buena parte de mis piernas. Unas piernas que la moda de la revolución social siempre escondía tras mis atuendos militantes, adustos, penitenciales, casi monjiles. Era día viernes, era el viernes 4 de septiembre de 1970 y la primavera se anticipaba.

El proceso electoral en Chile se había desarrollado en medio de las huelgas obreras, las tomas de tierras por parte de los movimientos campesinos y de pobladores, el deterioro económico, agudizado por la sequía de 1968, y la campaña anticomunista, la gran campaña del terror. Habían sido meses febriles.

Cientos de miles de los jóvenes latinoamericanos estábamos convencidos de que la etapa prerrevolucionaria abierta con la Revolución cubana había entrado en una nueva fase. Así lo expresaban la rebelión de los estudiantes y trabajadores argentinos durante las jornadas de mayo de 1969, el enfrentamiento de los obreros de los frigoríficos de Montevideo con el ejército en junio del mismo año, las exaltadas manifestaciones antiimperialistas en casi todos

los países latinoamericanos frente a la gira de Rockefeller, que pusieron en un nuevo contexto las luchas guerrilleras de Guatemala, Colombia y Venezuela y los recientes brotes de lucha armada en Brasil y Bolivia. Fueron años locos en todo el continente, años de utopía y huelgas estudiantiles, intransigencia y disturbios en las calles, aulas destruidas, incursiones policiales y furgones que llevaban a centenares de jóvenes a las cárceles.

En Santiago de Chile era el viernes de la Victoria. En los comités de empresa, en fábricas, hospitales, en las juntas de vecinos, en los barrios y en las poblaciones, los niños, las mujeres y los hombres se vistieron de fiesta. Cientos de miles de personas se dirigían a la alameda, sabían que Salvador Allende iba a hablar desde la sede de la Federación de Estudiantes. La Unidad Popular había ganado las elecciones con el 36,3% de los votos. Jorge Alessandri, representando a la derecha, había logrado el 34,9%. El margen era muy estrecho y en esa insignificante fisura se filtraba la historia y el destino de dos Chiles muy diferentes.

—Abríme la puerta que no encuentro la llave —la voz de Ignacio a través del tubo del portero automático sonaba con estridencia.

Estaba ajustándome el cierre del imbatible vestido lila. Un pie todavía calzado con el bototo de piel marrón y el otro a la espera de encajar en unos zapatos negros de tacones que en ese mismo minuto miraba con admiración. Los zapatos altos estaban al borde de la cama del minúsculo departamento que me habían prestado unos compañeros chilenos para que Ignacio y yo pudiéramos quedarnos un par de semanas en Santiago, reportando los eventos para los periódicos clandestinos de los partidos políticos de la izquierda argentina.

El pequeño departamento era oscuro y asfixiante, olía a humedad y a cosas gastadas. Pero yo estaba feliz, exultante, ilusionada.

Abrí la puerta sonriendo, haciendo equilibrio, a medio vestir, y de inmediato vi el inconfundible gesto de mal humor dibujado en la cara de Ignacio.

—Pero Julia... ¿Qué mierda te estás poniendo?

Ignacio Wilmart era mi compañero; lo cual significaba, compañero en la militancia y en la cama, obvio. Sin embargo, creo recodar que ese día yo hubiera querido respirar y gozar de Chile y de la victoria del socialismo por mis propios medios, sola, sin la confusión y la semiclandestinidad de una relación tan mezclada, un verdadero revoltijo de amor, trabajo y política. Pero no había sido posible: en Buenos Aires, las autoridades del partido me impusieron un viaje en su compañía.

—No estoy cambiando de vida porque cambie de ropa, no me jodás Ignacio. Estamos de fiesta, ¿o no?

El departamento estaba situado en un cuarto piso, en pleno barrio Bellavista. Era muy chico y las voces retumbaban. A medida que la discusión se prolongaba, me parecía que las palabras perforaban las ventanas sin postigos, recorrían el corredor con algunas baldosas sueltas y se pegaban al papel de las paredes, en gran parte desconchado.

La consigna de Ignacio estaba clara: orden de no innovar. Había que cultivar una cabeza y un corazón revolucionarios, todo lo demás no importaba. Nada de tacones ni uñas esmaltadas ni labios pintados. Mis respuestas fueron confusas, con la lengua palpitando de impotencia y de asfixia, con esa manera contradictoria de hablar con que las mujeres jóvenes y sin experiencia solíamos defender nuestras ambiciones, o nos relacionábamos con nuestros deseos. La pelea terminó con mi vestido de color lila claro con flores violeta oscuro colgado en el ropero y mi cuerpo caminando hacia la alameda, embolsado en la camisa verde oliva, siempre igual a sí misma, acompañada de mis pantalones de botamangas anchas rozando los humildes bototos y el piso.

—Me rompe soberanamente el forro de las pelotas que seas tan burguesita. Bien decía el Che que a las mujeres la revolución les entra por la vagina. Me das vergüenza ajena, como dicen estos chilenos.

Ignacio me había lanzado estas y otras descalificaciones con visible desprecio. Mientras me agredía, su expresión era la de un hombre seco, lejano, viejo.

—Y vos no sos más que un hijo de puta. Y dejalo tranquilo al Che —le repliqué como si no me importara nada.

Pero todo aquello me importaba, mi cuerpo me importaba y, sin embargo, todo debía aparecer como si no me importara. Desde niña había sido instruida en la necesidad de complacer, de aplacar, de sonreír, de disimular. Siempre.

La imagen de aquel vestido resultó ser para mí más que una triste experiencia emocional, fue el origen racional de una alarma. Más que una dolorosa sensación de impotencia frente a él, fue el inicio de una actitud defensiva, de vigilancia constante, que me empezó a quitar toda espontaneidad con Ignacio.

Ahora entiendo que luchaba por cambiar el mundo y mi mundo, y me inscribía en todos los viajes en los que el punto de partida fuera la ilusión. Sin embargo, en aquel momento, las verdaderas emociones debían ser ocultadas, sofocadas; lo único transparente debía ser el espíritu revolucionario, y yo lo aceptaba, a regañadientes, pero lo aceptaba. Había que fomentar la lógica y esconder la imaginación. Las discusiones políticas eran el territorio de combate donde se ganaba el respeto del adversario. Nada de fantasía, nada de magia, lo placentero era burgués.

Al atardecer, los faros de unos viejos automóviles comenzaban a reflejarse en el asfalto. Ignacio y yo caminábamos por Constitución hacia la Federación de Estudiantes de Chile.

En la esquina de Santa María supimos que decenas de militares y tanques avanzaban hacia el Palacio de La Moneda. Una hora más tarde, en su discurso, Salvador Allende lo reconoció y si el general Valenzuela, jefe de plaza, autorizó finalmente el acto, fue por la convicción y certeza que el mismo Allende le diera de que los vencedores se congregarían «...con una actitud responsable, sabiendo que han conquistado el derecho a ser respetados en su victoria».

Miré con desolación las arboledas del Parque Forestal. Antes de cruzar el puente Pío Nono pensé que era muy pronto, que aún no comenzaba la fiesta y en las calles ya se hablaba de tanques y generales.

Ignacio me guiaba del brazo con soltura, con decisión, por la angosta acera a la derecha del puente y me hablaba a gritos para que

su voz prevaleciera sobre el ruido de los motores atascados. Sonreía, su malhumor se había esfumado por completo.

—No sea tan argentina, compañerita. No ponga esa cara de ojete. Aquí los milicos no son como allá, acá son constitucionalistas —y su voz se opacaba contra el bullir de la infinidad de camiones que se aproximaban a la alameda, los cantos, las consignas, la música que estallaba desde las fuentes de soda y los slogans de los manifestantes.

Porque esta vez no se trata
de cambiar un presidente,
será el pueblo quien construya
un Chile bien diferente.

Voto, conciencia y fusil ¡MIR, MIR!
Hasta la Victoria ¡Siempre!
El que no salta es momio.
Germinarán frutos que huelan a alegría.

Apuntaba el anochecer y la alameda del Libertador Bernardo O'Higgins resplandecía como una brasa en la oscuridad, ardiente y luminosa. Los balcones embanderados, las vitrinas de las tiendas y las cafeterías, los anuncios sobre los edificios, las carteleras de los cines, las bocinas de los automóviles, los destellos de las banderas y proclamas. Nada que yo hubiera presenciado antes se acercaba al impacto de ese espectáculo.

Una multitud de camisas moradas que coreaba la clásica JJCC se fusionaba con otra muchedumbre verde oliva que portaba pancartas del Partido Socialista y bajaba por Vicuña Mackenna hacia la plaza Italia.

Recabarren,
Luis Emilio Recabarren,
simplemente doy las gracias
por tu luz.
El pueblo unido jamás será vencido.

¿Cómo?... Luchando, creando, Poder Popular.
Obreros y estudiantes, unidos y adelante.
A la marcha los mirones, no se hagan los huevones.
Avanzar sin transar, al Poder Popular.

Ignacio y yo seguimos caminando. En medio del griterío, en una radio portátil minúscula localicé la voz del futuro presidente:

> *¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile desde la Federación de Estudiantes! Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia, porque la juventud de la patria fue la vanguardia en esta batalla, la lucha de un pueblo, la victoria de Chile alcanzada limpiamente esta tarde.*

Ya estábamos en las cercanías del palco de la FECH, y otras multitudes se iban congregando en las calles aledañas. Desde aquella improvisada tribuna, desde aquellos deficientes amplificadores surgía la voz del candidato electo, en medio de un silencio extendido y puro que amalgamaba la respiración de tantos cuerpos, unos junto a otros.

Chi-chi-chi
le-le-le:

O la tumba serás de los libres
o el asilo contra la opresión.

Única solución: revolución.

En aquel inolvidable anochecer apacible de principios de septiembre, el último rayo de sol otorgaba a las caras jóvenes y alegres una claridad espectral. Se sumó la luz de unos focos cegadores que anunciaron la presencia de las cámaras de la televisión.

Vamos a hacer un gobierno revolucionario. La revolución no implica destruir, sino construir; no implica arrasar, sino edificar; y el pueblo de Chile está preparado para esa gran tarea en esta hora trascendente de nuestras vidas.

Aplausos, vítores, superposición de cánticos y música, consignas políticas y aires marciales revolucionarios que atronaban el espacio desde los parlantes, desde los altavoces de todas las esquinas. Abrazos, puños en alto a lo largo de ríos humanos que no era posible entender en qué calle comenzaban y dónde terminaban. Y risas por todas las calles del centro de Santiago. Aquella fue una fiesta con bailarines improvisados en el centro de innumerables círculos, una megafiesta que gozaron mujeres y niños semidescalzos, pobremente vestidos, que habían llegado desde el Chile profundo, de los márgenes, de todas las poblaciones callampas.

Anocheció. Una parte de Chile, alejada de la alameda, encerrada en la campana de cristal del continuismo, luchaba contra el insomnio. La otra, a nuestro lado, festejaba con pasión, con regocijo, con sentido de pertenencia.

—Dame la cámara, Julia. Esto tiene imagen, ritmo, armonía. Es un caleidoscopio de la sociedad que vamos a crear, sin injusticias, sin explotación. Es la versión honesta y apasionada del «hombre nuevo». Te quiero, Julia. Te quiero y te adoro.

Trastabillé con unos pasos lentos y me aferré con ambas manos al pequeño visor, lo acerqué a mi cara. Aparté a Ignacio con un gesto brusco y le impedí que me quitara la cámara y que, al menos por una vez, dejara de ser él el único protagonista.

Esta es la hora que al pueblo le pertenece... Chile abre un camino que otros pueblos de América y del mundo podrán seguir. La fuerza vital de la unidad romperá los diques de las dictaduras y abrirá el cauce para que los pueblos puedan ser libres y puedan construir su propio destino.

Las banderas de los países vecinos y el griterío de los corresponsales extranjeros se hicieron palpables. La voz de Salvador Allende calibraba el tono emocional de los miles de espectadores, dándole coherencia narrativa a algo que de otro modo hubiera sido enteramente abstracto, inasible.

—¿Te das cuenta Julita? ¡Esto es más importante que todo lo nuestro!; ¡más importante que vos descifres el acertijo secreto, el desafío, el misterio que nos une! Esto es mucho más importante. Reforma agraria: ¡liquidar al puto latifundio! Nacionalizar el cobre, el carbón y las grandes empresas: ¡a la mierda las compañías norteamericanas! —Ignacio se fue tomando cada uno de los dedos de la mano izquierda, para graficar el recuento— Reforma educacional: ¡al carajo los curas! Área social y abastecimiento estatal: ¡basta de intermediarios y de canales comerciales! O sea: ¡Cagaron los buitres! —gritaba y me abrazaba, cantaba y me besaba. Me tomaba de la cintura y yo intentaba seguirlo en el baile, sentía sus caderas pegadas a mis caderas, su pecho y mi pecho. Él tenía la piel brillante de sudor, su mirada en la mía. Por aquella época yo ya sabía cuándo Ignacio me mentía y cuándo me decía la verdad y en ese momento supe que para él yo era su presente y su futuro, era la compañera que elegía. Recuerdo que asumí con comodidad, esa paradoja de lo no dicho y lo expresado a gritos, lo ausente y lo excesivamente expuesto. Y lo iba a recordar toda la vida.

Poco a poco algo se fue elevando dentro de mí, un júbilo que prosperaba por mis venas y borraba las pasadas agresiones de Ignacio y los malos ratos. Una alegría física que traducía la pasión que me desbordaba y me iluminaba más que aquel vestido de color lila claro que colgaba de una percha en el departamento de Bellavista. Un gozo creciente se extendía por la piel y explotaba por mis poros. Miraba la expresión de mi compañero, oía su voz, no entendía sus palabras, sus consignas políticas, sus gritos. Miraba sus labios y sentía el gusto de todo su cuerpo en mi boca. El aire condensaba la despreocupación, la libertad, la sensación de posibilidades infinitas.

De pronto éramos los dos únicos habitantes del mundo.

Quería a Ignacio, amaba su vida y la mía. Esa noche me pudo parecer poco, pero era mucho; después supe que todo aquello era demasiado.

> *Yo tengo profunda fe en la honradez, en la conducta heroica de cada hombre y cada mujer que hizo posible esta victoria… Y este triunfo debemos dárselo en homenaje a los que cayeron en las luchas sociales y regaron con su sangre la fértil semilla de la revolución chilena que vamos a realizar.*

Algunas caras sonrientes se nublaron y otras vitorearon con renovado ímpetu al futuro presidente. Era un verdadero estallido popular, un estallido furioso y alegre.

La muchedumbre me estrujaba como las lianas de una selva y apenas lograba ver a través de la lente de mi cámara fotográfica.

> *A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero presidente.*

Ignacio me abrazó con fuerza.

—Compañera Julia: ¡ésta es la hora de los pobres, de los humillados, de los que nunca han tenido suerte! ¿Te das cuenta, muñequita?

Y ambos intentamos desprendernos lentamente de la multitud. Era una tarea titánica, como si tratáramos de trepar por una orilla cenagosa.

Regresamos. Esa noche fue de vigilia y plenitud revolucionaria en el pequeño departamento de Bellavista. Reproducción en forma superlativa, y en intensidad y tiempo, de aquellos cónclaves políticos de los que participábamos en Buenos Aires, y en los que nos dedicábamos interminablemente a fumar, tomar mate y, bien entrada la noche, ginebra. Encuentros en los que se trataba de «caracterizar

la situación y definir la praxis libertaria», un arte en el que Ignacio y yo no teníamos rivales.

En Santiago, la noche del 4 de septiembre trabajamos igual, como un dúo perfecto, una pequeña célula de agitación y propaganda disimulada en un cuarto lleno de humo. Por momentos, había chillidos y toses que seguían a una declaración altisonante de Ignacio. Carcajadas. Persecución por toda la casa: carreras, giros, caídas, esquives y gritos que se transformaban en jadeos. Un juego de cansancio y colaboración, un remolino de ademanes, palabras y suspiros. Cuando mi compañero se lo proponía, era infatigable, sus bromas eran puro sarcasmo y yo lo festejaba. Nos amamos, escribimos, discutimos, ironizamos, trascribimos grabaciones, revelamos fotos, hablamos de la liberación latinoamericana, nos emborrachamos. Pegamos afiches sobre las paredes, hablamos de la lucha purificadora, del poder y las armas, volvimos a discutir y volvimos a amarnos; soñamos con redes partidarias de células cerradas, enormemente disciplinadas, eficaces. Era el goce de los simples, ese placer de los afortunados que se encuentran a gusto en el mundo sin tener que esforzarse. Habíamos descubierto el pisco, la Pilsen, las marraquetas, la palta, el pebre y el cilantro, los «lolos» y el «lolerío». Nos reímos hablando de «tú», del «descueve» y los «choros», los «upelientos», los «momios», los «huevones», «el saco de huevas» y la «SOTIHUE»: la Sociedad de Tiradores de Huevas.

Esa noche le propuse a Ignacio compartir la vida, vivir juntos. Amanecer en la misma casa y en la misma cama, pasar todas las noches uno al lado del otro, conocer la alegría de que su rostro fuera lo primero que vieran mis ojos cada mañana.

Me había imaginado su cara asombrada, su alegría.

Pero me encontré contemplando mi propia decepción: en Ignacio había complacencia, había cierto placer, pensé, en la visión de mi desencanto inocente, de mi dolor.

—Ya lo escribió muy claro Serguéi Necháiev, en 1869, en el *Catecismo del revolucionario*: Si somos activistas, nos queda «una sola pasión: la revolución». El impulso liberador de las masas, en la senda de la gloriosa revolución cubana, encierra la semilla de

la emancipación, del bienestar y el futuro de la Humanidad. ¡Nada más!... Entiéndalo bien, compañera: «ni intereses personales, ni causas propias, ni sentimiento, ni hábito, ni propiedades», porque somos militantes, carajo, y todo lo demás es al reverendo pedo.

Ignacio era un estudioso de las palabras y su efecto. Su voz era irónica, provocadora. Y ¡abajo mi fabulosa quimera! Las expectativas de la felicidad habían resultado ser más intensas que la felicidad misma.

La realidad no resultó tan radiante como la había vislumbrado. Intuí tarde que mis señales no eran para sus oídos. Había hablado convencida de que no quería largarme a vivir una vida gris como la de muchos otros, ni tampoco terminar encerrada en la triste jaula de lo doméstico, y enseguida tuve la certeza de que todas esas palabras eran las únicas que no debí haber pronunciado aquella noche.

Después de la última escena de una larga pelea, en la que mi compañero se esforzó por derrochar una seducción política que, en el fondo, lo mostraba dispuesto a disputar mi liderazgo y a obtenerlo, me quedé sola.

—Ya te lo dije el primer día que nos conocimos y te lo repito ahora. No lo olvides nunca Julia, es nuestro acertijo y nuestro secreto: acordate bien, nena, tenés que llorar y reír a la vez, andar desnuda y vestida a la vez, a pie y cabalgando a un mismo tiempo —había abierto la puerta del departamento y estaba a punto de romperla de un portazo— si hasta para eso sos bruta, che.

Así terminó esa noche. Era el anuncio de un peligro mayor, otra señal de un salto sin retorno. Pero esa vez no supe verlo y me dormí con las primeras luces, tiesa, con el aspecto de un esqueleto en vida, fría como la sangre de un pez, con miedo al silencio, con más miedo a la soledad.

Nada iba a resultar como lo esperaba, ni en el mundo de los afectos ni en el de la política. La realidad no iba perdonar a nadie, no sería compasiva ni conmigo ni con ninguno. Fueron días de pena y plomo, tiempos en que todo el mundo nadaba en un río de lava.

***

A primera hora de la tarde del sábado 5 de septiembre, mientras yo efectuaba los despachos hacia distintas ciudades argentinas, comenzó en Chile una campaña sistemática y despiadada de los opositores de la Unidad Popular para crear el caos económico y la escenificación de ese caos. La General Motors notificó a sus proveedores la suspensión de los contratos, otras empresas paralizaron sus proyectos. Durante los días subsiguientes la Bolsa y los bancos sembraron el pánico y el dólar subió a precios sin precedentes. En ciertas casas comerciales no se recibieron pagos en cheques, se suprimió el crédito y se comenzó a despedir a empleados y obreros. El informe económico de Andrés Zaldívar Larraín, ministro de Hacienda del saliente gobierno de Frei Montalva, echó toneladas de carbón a la caldera del espanto; sus palabras estaban inequívocamente destinadas a disparar la alarma.

Apenas una semana más tarde, escuché aquella frase del general Roberto Viaux:

> *...la patria no se negocia ni se transa y estoy dispuesto a servirla al frente de mis compañeros de armas.*

Y el mensaje de Pablo Rodríguez Grez, jefe del ultraderechista Frente Nacionalista Patria y Libertad:

> *Para nosotros, la angustia de la derrota electoral se transformó en fervor de lucha que llevaremos hasta las últimas consecuencias. Los que temen una guerra civil es porque son cobardes y tienen miedo de ejercer sus libertades. A nosotros, en cambio, nos encontrarán aquí de pie... Y les advertimos que restableceremos el orden en Chile.*

La discordia externa e interna, en todo Chile y en aquel minúsculo espacio de Bellavista, parecía crecer día a día, hasta desbordar los límites del caos:

—Vivir con alguien como vos, que me ama tan apasionadamente, nunca me va a resultar fácil, Julia. Entendelo. Mejor sería que no me quisieras tanto, que no dependieses tanto de mí. ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta que yo no te respondo de la misma manera? ¡Y parece que tampoco te das cuenta que tu único centro de interés soy yo!

¡Era tan arbitrario! No lo entendí, porque no podía entenderlo. Me encogí de hombros, me fui al baño y dejé a Ignacio sentado a un lado de la pequeña mesa del *living*, al lado de su propia locura. No reaccioné, no lloré, no lo desmentí ni lo maldije. Me callé, me maltraté.

***

En la mañana del lunes 7 de septiembre, con luz de invierno y una taza de café entre las manos, sintonicé en mi radio portátil una emisora de Concepción y escuché con preocupación las declaraciones del MIR:

> *Ante la actual coyuntura, los revolucionarios chilenos tenemos un desafío ya planteado por los compañeros del mayo francés:* L`IMAGINATION AU POUVOIR... *Seremos consecuentes, defenderemos el triunfo de Salvador Allende, pero mantendremos nuestra línea estratégica de insurrección armada.*

Esa misma noche teníamos que volver a Buenos Aires. Ignacio se transformaba en un soberbio inútil a la hora de hacer maletas: me tocaba a mí empacar por los dos. Mientras guardaba la ropa, apagué la radio y prendí el pasacasete. Había grabado en una cinta el discurso completo de Allende en el día de la Victoria; las copias habían volado por todo el territorio argentino. Me gustaba volver a escuchar esa cinta y lo hacía con ansiedad, casi con beatitud, porque apostaba al modelo chileno, apostaba a la vía pacífica:

> *Nuestros adversarios de la Democracia Cristiana han reconocido la victoria popular. No le vamos a pedir a la derecha que lo haga. No lo necesitamos. Ella no será jamás capaz de reconocer la grandeza que tiene el pueblo en sus luchas, nacidas de su dolor y de su esperanza.*

No podía evitar apretar los dientes y mover la cabeza, con el ademán del médico que confirma en silencio un diagnóstico fatal. Lo hacía a solas porque sabía bien que Ignacio odiaba mi fatalismo. Poco tiempo después me tocaría reportear el atentado contra el general René Schneider, el comandante en jefe del ejército chileno, la garantía constitucionalista del país.

IV

Ignacio y yo atravesamos los Andes y cruzamos la frontera internacional. Entre ambos iba creciendo un malestar indescifrable, una trampa, un límite, una masa de fuego con un eje de hielo.

Yo no lograba sacudirme sus provocaciones, su agresividad, y sólo podía olvidar sus palabras en ciertos ratos de enajenamiento o de tranquilidad ocasional. Se sumó a esto una suerte de competencia malsana por los resultados de la misión que ambos habíamos llevado a cabo en Chile.

Las discrepancias políticas también fueron creciendo, nos transformaron en rivales y nos fueron alejando poco a poco. Las semanas vividas en Santiago sirvieron para que Ignacio Wilmart se acercara cada vez más a la tendencia peronista que él llamaba revolucionaria y yo me alejara para siempre de lo que consideraba el engaño de un populismo que se iba acercando cada vez más al nacionalismo de derecha. Yo me jugaba por la vía pacífica al socialismo, la vía de Chile.

Pero, sobre todo, no podía olvidar la manera gélida, déspota y totalmente carente de sentido y de cariño con que Ignacio me había tratado durante los últimos días en el departamento de Bellavista. Junté fuerzas y se lo eché en cara. Me llevó su tiempo encararlo, pero lo hice y, en el fondo, no fue demasiado difícil.

Le grité que era un tipo consumido en su fanatismo al que ya le había perdido el respeto. Le dije que se creía un seductor político y no era más que un termocéfalo, autoperseguido y en el fondo un cobarde. Sabía que acusarlo de falta de coraje era lo que más podía

herirlo. Como una gallina clueca, sentada sobre el escuálido huevo de una libertad que en los hechos todavía me costaba conseguir, lo acorralé a picotazos.

Ignacio me miró con desprecio. Después me acusó de intolerante y de ser demasiado susceptible. En sus palabras, de ser «una chirusa aburguesada y una mina de esas a las que había que tocarle el culo con la punta de un gladiolo». No quiso discutir ninguna cuestión política, no respondió a mis acusaciones. Como si todo le diera lo mismo.

Yo estaba convencida de que, en su ir y venir entre la inteligencia y la irracionalidad, entre la ternura y la agresión, Ignacio había comenzado a volverme loca. Al comienzo de la relación no era así, nos amábamos como dos adolescentes felices, sin juegos dañinos ni descalificaciones. No tenía dudas de que lo seguía queriendo con los excesos propios de aquella etapa de la vida y también lo quería con la crudeza de un sometimiento desgraciado, pero ya empezaba a entender que la vida podía ser otra cosa y no quería vivirla junto a un carcelero.

***

A principios de noviembre de 1970 volví a Santiago, justo para el tiempo de la asunción del presidente Allende, y justo para llegar al Pedagógico a escuchar a Julio Cortázar decir, frente a más de tres mil jóvenes, que estaba enamorado de ese país largo, finito y perdido en el Pacífico Sur.

Chile me otorgó la salida, me ofreció la oportunidad de alejarme de esa relación amorosa tenaz que me narcotizaba. Una Agencia de Solidaridad Internacional me extendió un contrato para que me desempeñara en su sede recién constituida. Era un proyecto de trabajo social radicado en Santiago para desarrollar en todo Chile que, por lo demás, me permitía viajar periódicamente a Buenos Aires para sistematizar el intercambio de experiencias.

Aceleré los relojes, firmé sin el menor atisbo de negociación, y con un desligamiento casi insano, levanté vuelo. Así, por las buenas, como una mariposa olvida su capullo.

Vislumbré un tiempo interno más oportuno y pacífico. Un tiempo en el que podía detenerme y llorar debidamente la pérdida de quien había compartido conmigo el amor, la ambición, las ilusiones de un mundo mejor, las esperanzas de la revolución, la ternura y el miedo.

Superados los trámites del traslado, las rápidas despedidas de familia, amigos y camaradas, me instalé con un trajín eufórico en un departamento cómodo de la avenida Costanera, en el barrio de Providencia de Santiago de Chile. Y después del quehacer frenético de los primeros tiempos y de las largas jornadas laborales de todo principiante, comencé a extrañar a Ignacio.

Me maldije por empecinarme desde siempre en respirar la alquimia de una pasión difícil, pero comencé a sentir un extenuante dolor físico, el dolor de su ausencia.

Probablemente en aquella época creció y se fortaleció mi entendimiento político y profesional. Durante los días de la semana no hacía más que trabajar. Los sábados y domingos, cuando no viajaba, y también algunas tardes, me enfundaba la camisa verde oliva, asistía a las reuniones del Partido Socialista y asumía trabajos políticos. Durante meses, no volví a saber de Ignacio Wilmart. Trabajaba, trabajaba, trabajaba, tenía una voluntad de hierro, una testarudez increíble y un gusto maníaco por la perfección. Así pasaron mis días y mis noches en Santiago de Chile. Así pasó el largo verano del año 1971.

V

Una tarde de fines de marzo llegué hasta el Palacio de La Moneda con el tiempo justo. Todo era urgente, vertiginoso. Crucé el Salón de Acceso y hundí los pies en aquellas alfombras que me daban la sensación de caminar por un trigal.

No era la primera vez que iba a reunirme con el presidente, y no era porque el cargo que yo ejercía fuera de alguna envergadura, sino porque Salvador Allende era de los que atendía siempre a todo el que le pidiera una cita y estuviera trabajando en pro a la Unidad Popular, con mayor razón si se trataba de extranjeros.

Allende era un ser pragmático, notablemente intuitivo, que confiaba más en su ambición que en su suerte. Era masón y librepensador, un miembro digno de la estirpe de su abuelo, el radical y rojo Allende Padín, que fuera gran maestre de la Masonería chilena. Un fogueado político a la antigua, acostumbrado a negociar, a conciliar y, por último, a ganar, apoyándose en las debilidades de sus adversarios. Ahora, sus antagonistas no eran pocos, y le mostraban un entrecruzamiento enigmático de lealtades y desprecios; algunos eran humilladores profesionales. Él sabía enfrentarlos. Fue cincelando su carácter durante una combativa trayectoria como diputado, presidente del Colegio Médico, joven ministro de Salubridad de Pedro Aguirre Cerda, secretario general del Partido Socialista de Chile, senador, vicepresidente y presidente del Senado. «Si la política no hubiera existido, yo hubiera inventado la política», le gustaba reconocer.

En aquel Salón Azul donde me recibía, con su estilo imperio de mármoles y bronces, nos contemplaba con gesto adusto don Bernardo O´Higgins a través del pincel del Mulato Gil.

Allende hablaba con un lenguaje sencillo, fluido, accesible, como si se expresara desde el interior de un mundo propio que miraba hacia la infancia, hacia los amores perdidos y las ciudades en las que vivió. Sobre todo, esa mirada incluía a sus seguidores, los obreros, los pescadores, los campesinos, los humillados de Chile, a los que había visto en la miseria y a los que su gobierno se había propuesto rescatar de la indefensión. A ellos se dirigía «con serena firmeza y viril energía», como le gustaba repetir.

Salvador Allende Gossens era un humanista, un hombre tenaz e insaciable, profundamente hedonista, celebrador de la vida y de sus regalos, amigo de la buena comida, de la buena ropa, del arte y la buena literatura, galante, ocurrente y con una prestancia y un encanto natural que lo volvían atractivo, apuesto a su manera.

Me observaba con atención y tomaba unas pocas notas. Por momentos me escuchaba con cierta mundana deferencia, pero estaba lejos de esa asidua tendencia de los poderosos a oírse a sí mismos y mirar al interlocutor como si fuese translúcido. Luego disponía acciones sonriendo, me aconsejaba, me ofrecía directivas precisas y, como si aquella brecha de seriedad tuviese que culminar rápido, como si hubiera que liquidar de inmediato el asunto que nos había convocado, se alisaba su chaqueta gris algo ceñida, se acomodaba impaciente sus enormes gafas de miope o acariciaba con ligereza su bigote paternal, digno y cuidado, para entrar en materia. Es decir, para distenderse, para reírse de buen grado por algún giro de mi vocabulario, para destilar su humor chileno sobre el arquetipo argentino, para tomarme la mano, jugar con mis anillos o con una pluma delicada que se estilaba por aquellos años ajustar a la solapa del traje oscuro, y que yo solía llevar con toda solemnidad en ocasiones como aquellas. Era parte de su estilo personal, se burlaba, coqueteaba, jugaba. Él sabía que sus miradas me paralizaban, me tiranizaban, y se divertía.

Salía de aquel despacho presidencial tan abochornada como contenta, porque era muy joven y no sabía cómo interpretar esa seducción de parte de un hombre mayor, de un hombre poderoso. Y después cruzaba feliz el Patio de los Naranjos porque, a pesar de lo que decían sus adversarios sobre el incumplimiento de sus compromisos, Allende cumplía firmemente con las promesas que me hacía en términos de los recursos, contactos regionales y apoyos políticos que necesitaba el programa de desarrollo que yo codirigía.

Sin esos apoyos, era imposible seguir funcionando en medio del caos que crecía dentro de la sociedad chilena. El terrorismo y el desabastecimiento, las interrupciones provocadas en el suministro de combustible, los atentados explosivos en los caminos o contra las vías ferroviarias, el sabotaje a los oleoductos, a las torres de alta tensión. Patria y Libertad no daba respiro, y el bloqueo económico asfixiaba. Pero faltaba mucho para llegar a lo peor. Unos años más tarde, Chile se iba a transformar en un país cansado, silencioso y cautivo, marcado por el miedo. Y Santiago, esa ciudad caótica que había empezado a oler a vitalidad, a frescura, que se ofrecía próspera en solidaridad y en ilusiones, terminaría volviéndose un planeta desértico, irrespirable, un páramo de atmósfera polvorienta donde nada crecería sin un esfuerzo sobrehumano, donde se asesinaría al prójimo con devoción. Eso aún no se sabía, no se podía imaginar, era inconcebible. Nadie podía prever hasta qué punto, apenas dos años y medio después, se iba a respirar en Chile la rabia domesticada que suelen exhalar los desahuciados.

Pero aquellos días eran alegres, de plenitud e intensidad y el olor de la vida surgía por todas partes. «Es nuestro momento» —solía decirle entusiasmada a mis compañeros de trabajo y de militancia—. Ya lo dijo nuestro presidente: «Es la hora que al pueblo le pertenece» —y me sentía feliz cuando llenaba cada minuto y cada lugar con la luminosidad de una esperanza común, que me trascendía, que trascendía mis pequeñas penas y añoranzas—. «Hemos encontrado nuestro lugar en el mundo» —repetía a veces de cara al cielo—. «Es nuestro tiempo, es el tiempo que nos pertenece».

VI

Aquella tarde de marzo de 1971 en que salí eufórica de La Moneda era calurosa y una luz casi veraniega restallaba en las fachadas blancas de los edificios. Volví a mi oficina y en el vestíbulo de entrada de la Agencia me encontré con Ignacio Wilmart. Me estaba esperando.

Después de meses de ausencia absoluta, volvía como si hubiera estado a mi lado un par de horas atrás. Porque siempre nos volveremos a juntar, porque el campo de batalla no tiene fechas ni lugares fijos —como me había dicho en los primeros tiempos de nuestra relación—, porque nunca terminaremos de vivir para luchar... porque vas a lograr resolver nuestro acertijo secreto, el desafío misterioso que hay entre nosotros, ya lo vas a ver.

Ojeaba con ansiedad un ejemplar de *Punto Final*, de pie y de espaldas a mí. Se volvió y al reconocerme sonrió con una de esas sonrisas muy suyas, en las que había por igual alegría, sorpresa y cansancio.

—¿Te vestiste para bailar un tango, Julita?

Tragué saliva para aplacar un revoloteo de mariposas que desde el estómago volaron hacia mis pulmones. Me sobraban el aire y la felicidad.

—Y a eso vamos a ir, a bailar —le respondí entusiasmada.

Esa noche fuimos al Black and White, un boliche tanguero de la calle Merced, en pleno centro, frente al Teatro Santiago, en el primer piso de la Casa Colorada, donde un cartel rezaba: El Rincón de la Bohemia Santiaguina. Sobre un escenario pequeño, iluminado

por unas pocas luces amarillentas, una orquesta bailable tocaba la nostalgia de un tango.

No podré olvidar nunca aquella mirada. Ignacio me miraba y jugaba en mi pelo, los ojos enrojecidos por el alcohol y el asombro. Se atoraba con el humo del cigarro y bebía, buscándome la boca, se precipitaba y me besaba. Y reíamos. Reíamos porque por aquellos años, o en aquella noche, lo que mejor sabíamos hacer era reír.

Con esa alegría desbordante en los ojos, Ignacio me canturreó al oído con una voz gardeliana que le salía de las entrañas:

> *No es nada fácil cortarse los tientos de un metejón*
> *cuando están bien amarrados al palo del corazón.*

Y nos burlamos del compás de la milonga, del sentimentalismo y las letras de los tangos, del destartalado micrófono y el viejo piano. Volvimos al vino tinto y al baile junto a un ventilador de escritorio que pretendía capear el calor en aquella noche tórrida de finales del verano. Estábamos profundamente felices, o así lo parecíamos, y yo le creí. Aposté al sentido más profundo de ese juego.

—No quiero que vayas a verlo nunca más a ese viejo reformista de mierda y encima mujeriego —me dijo Ignacio al salir, ya en la madrugada, con la mirada helada, perturbadora. Me amarró de un brazo y me acorraló contra una pared en la esquina de Merced y Estado.

—¿O no te das cuenta que sos un perejil, una militante accesoria, una «usada» de superficie que está trabajando para el enemigo? ¿Dónde vivís, dentro de un frasco? —me gritó, respirando con fuerza, las aletas de su nariz temblando. Y siguió hablando, esgrimiendo confusos fundamentos revolucionarios, pero más que hablar, balbuceaba, como si la furia le hubiese trabado la lengua.

Me costó un buen rato entenderlo. Su expresión se volvió de pronto sonriente y dura.

En la tarde, desde mi oficina habíamos apurado el paso hasta mi departamento. Ignacio apenas me había contado el motivo de su visita a Santiago, que respondía a confusas o secretas razones

político-militares, aparentemente una reunión clave con la gente del Comité Central del MIR. Él disfrutaba al escatimar datos supuestamente clandestinos, aparentemente relevantes, casi como una provocación, o un intento permanente de incomodarme, de sacarme de mi posición de inquisidora. Yo apenas le había mencionado la reunión en La Moneda y mi turbación frente al presidente, sólo para explicar el sentido de ser de mi atuendo tanguero, como lo calificó Ignacio. Y el resto había sido subir las escaleras, apenas quitarnos la ropa y abrazarnos con la furia de quienes no estaban por hacer el amor sino la guerra.

Y luego esto. Esta escena de violencia inútil, de celos políticos, de patética irracionalidad. Cualquier historia de amor puede ser una historia de dolor, pero si el dolor vuelve, si las desvalorizaciones se repiten, el daño es demasiado cruel. Y entre nosotros volvía a pasar lo mismo, volvía a repetirse la escena, y a mí me costaba mucho entenderlo. Me costaba mucho.

En la oscuridad, esbocé una sonrisa involuntaria. Después me reí. Y lo habría tomado como una broma inverosímil, o como una coquetería casi cruel, si no fuera porque Ignacio continuó agrediéndome con saña, jurando que no me volvería a ver nunca más en su vida, y dejándome sola en aquella esquina negra y desierta de la plaza de Armas, bajo el exiguo resplandor frío de la luna en cuarto creciente.

VII

Un largo sueño venido a pique. Pero aquella vez sería la última. Me lo repetí muchas veces. Me lo dije a mi misma palabra por palabra, sílaba por sílaba, como si estuviera rezando, porque sabía que tenía la tendencia a embellecer los recuerdos, porque sabía que en mi cabeza una gallina podía transformarse en un águila si el tiempo y mis negaciones no me convencían de lo contrario.

Nunca más, Ignacio Wilmart. Nunca más.

A veces un recuerdo puede ser algo devorador: al día siguiente me desperté rememorando los días en que nos conocimos.

Cuando me encontré por primera vez con Ignacio era casi una niña. Eran tiempos de una inocencia radical, con algo de primitivo, de iniciático. Todavía latía en mi piel una sana alergia a todo tipo de organización y de orden.

Nos conocimos en los años de la resistencia a la dictadura del general Onganía. Años de reuniones en los claustros, las unidades básicas, los comités. Llegué temprano a uno de los tantos encuentros políticos estudiantiles a los que solía asistir en el Aula Magna de la facultad de Arquitectura y Arte. Me había calzado los consabidos pantalones anchos para no desentonar con la multitud de embolsados, pero como era de una raza un poco más coqueta, lucía un *sweater* rosa, ajustado y con escote, como si fuera una chica con cierto estilo que no lograba esconderlo del todo. Todas las demás mujeres me miraron, ellas siempre lucían de negro, gris o marrón, como las cucarachas.

Ignacio también me miró. Recuerdo que en aquellos tiempos me ruborizaba con facilidad, y el gesto desprendía una mezcla curiosa de disculpa y confianza noble, algo que ahora ya he perdido por completo.

Oculté el rostro. Seguramente, ese conjunto de señales resultaba enternecedor.

Él llevaba una bufanda gris liviana, encima de una chaqueta de lanilla y unos *jeans*. Fumaba con elegancia. A primera vista no era la seducción el rasgo predominante en él, como si se esforzara en atenuar su encanto o lo considerara un defecto, pero en el fondo se sabía admirado. Piel trigueña y muy apuesto, alto y delgado, los pómulos muy marcados y ojos grises de gato que penetraban al interlocutor sin piedad. Unos ojos confiados. Su mirada parecía registrarlo todo, como si todo fuera nuevo o todo le perteneciera. Ignacio irradiaba fuerza.

Yo era una chica muy flaca y frágil, soñadora y caprichosa, absorta en mí misma, en mis fantasías, en mi lucha por encontrar un lugar en el mundo. La cara alargada y los ojos castaños, la nariz afilada, los labios anchos, gruesos, mis cabellos oscuros desordenados, sueltos.

Mientras buscaba un asiento, nos encontramos frente a frente, lo miré como una libélula desorientada y aparecieron burbujas de luz dentro de mi cabeza. Él en cambio se exponía ante mí con una frontalidad casi obscena.

Durante las largas intervenciones y los discursos incendiarios de los dirigentes políticos, yo lo observaba, no podía dejar de mirarlo con unos ojos de mirada directa, sin dobleces, ojos que no sabían todavía juzgar, que no tenían ni rastros de cautela. Lo observaba interminablemente hasta ver su imagen borrosa, porque nunca había visto a nadie sumergido en una concentración semejante. Él estaba muy cerca de mí y todos sus sentidos parecían depositados en los oradores. Un mechón de su pelo rizado y color bronce antiguo le caía sobre la frente. Inhalaba el humo de su cigarrillo y sus ojos entrecerrados le prestaban un aire de profunda reflexión. Por momentos me miraba. Era desconcertante, ahora que lo pienso. Era una

larga escena de vaivén entre el foco único y la distracción múltiple, entre mirar y ser mirado, entre el deseo y la histeria.

—Esta reunión es un plomo. Yo me rajo, compañera. Me tienen podrido estos charlatanes de feria —lo dijo en voz alta, con una sonrisa tranquila.

Me tomó de la mano y salimos despacio de aquella aula saturada de humo y fervor revolucionario.

Al llegar a la primera esquina apenas nos habíamos confiado nuestros nombres. Nos miramos a los ojos, nos apoyamos en el tronco de un viejo jacarandá y las manos de Ignacio rodearon mi cuello, bajo el desprendimiento azul y sutil de aquellas flores. Estaba anocheciendo y en medio de la oscuridad sólo existió su boca para mí, y durante un largo instante sólo existieron su boca y mi boca, y ambas iniciaron un tiempo distinto, sin principio ni fin, un tiempo que conllevaba la fantasía de un clamor de la tierra, una suerte de movimiento atronador que parecía conmover a la ciudad entera, de norte a sur y de este a oeste.

—Decime: ¿Yo te gusto a vos? ¿Te gusto en serio?

—Sí, Ignacio —le dije, dueña de repente de una plenitud desconocida.

—Claro que sí, Julia. Decilo con más fuerza y en voz muy alta. Y vamos a hacer juntos la revolución y vamos a ser felices, eternamente felices, como Zeina y el hijo Shahriar. ¡Ja!

Tomó mi cara entre sus manos, yo abandoné mi cabeza con confianza, y lo miré.

—¿De qué me estás hablando?

Al descubrir mi ignorancia, al ver que había herido mi prestigio de lectora, su vanidad se desbordó como una marea alta, creciente y placentera.

—Pero tenés que cumplir tres condiciones.

Llegado ese punto, me soltó con suavidad la nuca para ponerme las manos sobre los hombros y apretarme con más fuerza. Yo me sentía ligera, graciosa, como si un enjambre de luciérnagas me cubriera la cabeza.

—¿Qué condiciones?

—Tendrás que lograr algo. Escuchame bien: ante mí, tendrás que llorar y reír al mismo tiempo, presentarte desnuda y vestida a la vez…

Recién nos conocíamos. Pensé que me estaba diciendo que era imposible una relación entre nosotros. Dejé de escuchar la lista de sus absurdas pretensiones y bajé mis expectativas.

—No le preguntes nada a nadie, no busques la respuesta por ningún lado, Julia, sólo dentro de vos misma. Sólo vos, vos solita, tenés que resolver este misterio. Prometémelo, júramelo por la revolución socialista.

—Te lo prometo, pero… ¿Acertijo, enigma, adivinanza, misterio, profecía? ¿De qué me estás hablando? ¿Qué clase de marxista sos vos?

Me guardé para mí las otras palabras que trepaban por mi garganta mientras fingía atender a sus argumentos. Palabras que iban a ponerlo en ridículo o dañar ese momento mágico.

—Este es un secreto y un acertijo, más bien un desafío y una promesa entre nosotros, sólo entre nosotros, nada más que entre nosotros.

¿Qué significaba un secreto entre nosotros? Me moví despacio hacia atrás, como si alguien tirara de unos hilos sujetos a mis muñecas y mis tobillos, para determinar mis movimientos a su entero placer.

—¡Y vas a ver que yo también cumplo!, como pocas cosas en la vida, vas a ver que ésta yo voy a cumplir y viviremos en un mundo justo, equitativo y solidario y seremos juntos felices, siempre. Es nuestro secreto político y amoroso. ¿Entendiste?

Yo no entendía nada, ni me importaba entender nada de sus supuestas condiciones y sus ridículos misterios. A mí sólo me gustaba él y me gustaba mucho. Sólo que en aquel momento no podía sospechar que la irresolución de ese acertijo no sólo comprometía mi calidad de buena lectora, si no que estaría a punto de costarme, si no la vida, al menos la felicidad durante buena parte de mi existencia.

Esa misma noche todos los espacios se tiñeron de los ritos habituales de la primera pasión. Conocí su casa, su patio y su cama, con una felicidad primaria, una intimidad gloriosa estallando en la piel.

—Ignacio, yo no me cuido... Yo no sabía que hoy, que esta noche… —le mentí.

No era algo casual en mí, era algo permanente, porque para una chica como yo, en aquellos tiempos y en mis condiciones, no era fácil acceder a un anticonceptivo. Y tenía mucho miedo de un embarazo o a un aborto; conocía historias truculentas, fatales.

Ignacio estaba recostado a mi lado, desnudo y exhausto, casi de espaldas. Giró la cabeza con lentitud. Me miró como admira un entomólogo al último ejemplar de una especie exótica.

—Ese es un tema tuyo, nena.

Sentí frío. Ya era de madrugada, llovía y apenas nos veíamos; entraba luz y penumbra por el ventanal del dormitorio.

—¿O qué te pensás? ¿Que soy uno de esos pelotudos que proclaman que la revolución se hace cargando a un pendejo en un brazo y con el otro empuñando un fusil?

Apreté los párpados con tanta fuerza que me pareció que quería hundírmelos en el cráneo.

—¡Flor de moral de sacristía la tuya!

Me cubrí con la manta y me reí. No sabía por qué me reía, pero eso fue lo único que pude hacer: abrí la boca para dejar escapar una risa ahogada, torcida. Y comencé a tejer en silencio una trenza imaginaria con dos lazos feroces, indestructibles, culpables de todos los éxtasis y todos los horrores: los lazos de la dependencia y mi sumisión.

Volvimos al hechizo de las caricias, al placer insobornable, a ese tiempo imposible de calcular que media entre la euforia y la extenuación, como si ambos sólo pudiéramos escuchar una larga secuencia de canciones alegres y consoladoras.

Pasó el tiempo y quienes nos veían juntos seguían teniendo la impresión de que acabábamos de hacer el amor, o que nos disponíamos a hacerlo. Parecía que nunca desviábamos la mirada el uno del otro, como conectados por un cable invisible.

Hablábamos, discutíamos y medíamos nuestras capacidades. Trasnochábamos obsesionados en una tácita competencia por la construcción del discurso más avanzado sobre las potencialidades del movimiento obrero latinoamericano. Era el tiempo de las expectativas desaforadas. A veces ácidas, siempre militantes, nuestras conversaciones se entremezclaban, colisionaban, o se dejaban llevar plácidas frente a alguna materia en la que por fin los dos estábamos de acuerdo. En el fondo, yo era la que siempre cedía ante él, me parece que tenía la necesidad de ser quien lo reconfortara y le diera apoyo, quien le hiciera mantener el rumbo.

Y así pasaron los años.

Nunca más, Ignacio Wilmart. Nunca más, me lo dije muchas veces, me lo repetí, pero seguía envenenando mis sueños con su nombre. Y así pasaron otros años.

VIII

Desde el balcón-terraza, los árboles creaban la ilusión de un océano verdoso, con matices plateados y reflejos ocres, a veces rojizos. Los deshielos habían incrementado el caudal del río Mapocho, que no dejaba de ser una hebra de luz, delgada y serpenteante, oscura, entre los arbustos de la Costanera, en todo diferente a aquellos ríos inmensos, barrosos, que cruzaban el litoral argentino donde yo había nacido. Ríos de una sola orilla, como si no llegaran a verse las riberas de enfrente, como si se tratara de las costas de un mar.

La puerta que daba al salón estaba abierta, el sol calentaba la habitación y mientras perdía la mirada en esa terraza rodeada de macetones con geranios y capullos de colores calientes, escuchaba por radio el discurso del presidente desde Guadalajara. Comenzaba el mes de diciembre del año 1972 y el calor apretaba en Santiago de Chile.

> *Gracias por comprender el drama de mi patria que, como dijera Pablo Neruda, es un Vietnam silencioso. No hay tropas de ocupación, ni poderosos aviones nublan los cielos limpios de mi tierra, pero estamos bloqueados económicamente, no tenemos créditos, no podemos comprar repuestos, no tenemos cómo comprar alimentos y nos faltan medicinas, y para derrotar a los que así proceden, sólo cabe que los pueblos de nuestra América entiendan bien quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos.*

Hacía días que prefería quedarme a ratos trabajando en mi departamento de Providencia, cercano a la Agencia de Solidaridad Internacional donde estaba mi oficina. Ejercía, no sin contradicciones, esa tendencia humana a preservarme, a aislarme de lo que ocurría alrededor. No tenía otro medio de expresar la desazón confusa y creciente que había comenzado a afectarme, que se potenciaba y crecía peligrosamente cuando se le sumaba la de mis colegas.

Las cosas no andaban bien en Chile y todos lo sabíamos. Sobre todo después de la ofensiva de las fuerzas de oposición a raíz de la huelga de los camioneros de octubre de ese mismo año, de las asiduas marchas de las mujeres de los barrios altos santiaguinos: las «momias de las ollas vacías», o las diatribas de la prensa contra las secuelas del desabastecimiento y contra el presidente «Allende Gossens, gocen si pueden con una marraqueta de harina negra». Pero a mí no me interesaba sumarme al derrotismo, ni al pesimismo de los funcionarios extranjeros que temían perder sus trabajos en la Agencia, ni a la desesperanza de los empleados chilenos a quienes les asustaba el destino de su país, pero que nunca llegarían a pensar que un año más tarde iban a perderlo todo, hasta las ganas de vivir.

> *La injusticia no puede seguir cerrando las posibilidades del futuro a los pueblos pequeños de este y de otros continentes. Para nosotros, las fronteras deben estar abolidas y la solidaridad debe expresarse con respeto a la autodeterminación…*

Las fronteras. Para mi eran insustanciales y sin embargo las temía.

Pensé en la nieve de los pasos fronterizos con mi país, en aquel hielo glacial que detestaba cada vez que me tocaba cruzar la cordillera. ¿Cuándo me tocaría hacerlo para siempre, para no volver al lado oriental de los Andes, a este país largo y angosto que había empezado a querer igual o más que al mío? Esa pregunta, por más precipitada que pareciera, me provocaba un gran desconsuelo.

No quería volver. Para mí, Argentina más que un país era un contratiempo. Una tierra que ya no era una patria, sino un coto de caza, un festival de traiciones y delación, donde ya no se enfrentaba el pueblo contra los militares, ni los peronistas contra los antiperonistas, sino que comenzaban a perseguirse entre los peronistas de izquierda y los de derecha, entre los de ultraderecha y los de ultraizquierda. Y yo ya no me sentía una caminante que podía hacer y deshacer el mismo camino todas las veces que quisiera, con la certeza de que nunca llegaría tarde a ninguna parte. La perspectiva de un nuevo desarraigo me producía un estado de extrema ansiedad, aunque intentara reprimirlo.

En mi país había dejado muchas cosas, buenas y malas. Estaba mi familia, amigos y compañeros a los que añoraba, pero también había dejado atrás un tiempo de terror, una nutrida antología de errores y, sobre todo, a un hombre al que no sabía si todavía quería. Ignacio no me había hecho feliz, él vivía y respiraba la confusión y el peligro, era un militante, sólo un militante insensato y terco. Ni siquiera sabía si de verdad él me había querido. Recordaba las horas pasadas con él, los días y los años batallando desde las diferencias políticas para luego hacer el amor con furia, con desesperación, sólo para saber en la cama, y de una vez por todas, quién había vencido definitivamente en aquellas contiendas. Mi compañero de siempre, Ignacio Wilmart, a quien no veía desde hacía un año y medio, era imaginativo y audaz, pero conmigo había exhibido un narcisismo escandaloso, había sido un déspota. Yo me creía más realista: quería quedarme a vivir en Chile. Sabía muy bien que volver a Argentina significaba revivir muchas locuras y el sólo hecho de pensarlo provocaba dentro de mí una tormenta autoinducida, como si se tratara de la magia del iracundo Próspero en *La tempestad* de Shakespeare.

Al otro lado de la cordillera se había constituido el Frente Justicialista de Liberación. El gobierno del General Lanusse estaba en las últimas y en aquella caldera social pronto se impuso el eslogan: «Cámpora al gobierno, Perón al poder».

El general Perón en Madrid y Abal Medina en Buenos Aries, secretario general del Movimiento, consolidaban las candidaturas

provinciales de Bruno Bidegain, Obregón Cano, Atilio López, Martínez Vaca, Ragone y Cepernic, todos ellos alineados con la Juventudes Peronistas y Montoneros.

La resistencia armada peronista se fortalecía y contaba con la simpatía de muchos argentinos. En las paredes de las calles de Buenos Aires y de todas las ciudades del interior se plasmaba una consigna: «Luche y Vuelve», y todos los argentinos hablaban del tan esperado retorno del general Perón.

Lo que estaba pasando en mi país se parecía mucho a la victoria, al final esperado y razonable, después de una lucha larga y justa contra una de las tantas dictaduras que asolaron mi patria, pero yo presentía algo distinto, algo catastrófico. Revivía en mi interior las riñas políticas con Ignacio y esos recuerdos eran gotas de ácido corrosivo que conseguían desgastar las esperanzas.

> *El comandante Guevara comprendía que cada pueblo tiene su propia realidad, que no hay receta para hacer revoluciones… El drama de mi patria, un Vietnam silencioso…*

La voz de Allende se ensombrecía por momentos. Cerré los ojos, apreté los párpados y las lágrimas comenzaron a caer con suavidad, como marcando un ritmo lento, callado, como el drama que comenzaba a asfixiar a mis dos patrias.

—Hola, ¿vos otra vez acá? ¿Por qué no te fuiste a laburar?

Era la hora que volvía Bruno de la facultad, era más tarde incluso, y yo no me había percatado de todo el tiempo que había perdido encerrada en mis laberintos sentimentales.

—Porque estoy trabajando acá, ya te lo dije.

Dejó su morral sobre el sillón del *living* con desgano y se acercó para besarme.

—¿Trabajando? Sí. ¡Te creo! Vos sos como el tango: «Si encontrás al inventor del laburo, lo fajás».

Me lo dijo con ese gesto irónico y profético que conseguía despertar en mí una culpa irracional. Lo miré estupefacta, ¡con qué

derecho!, murmuré, detestando una vez más ese estado rutinario de las cosas.

Bruno Binelli Burgos era un compatriota que se había instalado en mi casa, más por desidia mía que por cualquier otro motivo, después de algunos encuentros sexuales fortuitos y relativamente atractivos que habían venido sucediéndose desde hacía unos meses. Nos habíamos conocido en alguna reunión política y nos habíamos seguido viendo en encuentros informales, fiestas de compatriotas, esas especies de orgías de las tradiciones donde nos tomábamos unos mates y hablábamos de la dictadura, de todas aquellas anécdotas de fracasos que eran como piedras que aparecían por todos lados, piedras grandes y pequeñas, pero que en realidad no eran más que penas escondidas en la historia vagabunda de todos y de cada uno de los desterrados. Después, nos fuimos encontrando en los bares, que era donde siempre se encontraban los argentinos.

—Soy Bruno Binelli Burgos, o sea tres B, soy bueno, bonito y barato, y aunque nací en Chacarita, tengo sangre piamontesa y salmantina en las venas, la mejor sangre de Europa.

Así se había presentado Bruno, para luego seducirme con el cuento del exilio. El folklore del exilio, aunque en aquel momento el nuestro todavía podía llamarse exilio voluntario. Una diáspora igualmente dolorosa.

Bruno era un poco más joven que yo, un chico rubio, de ojos verdes, muy apuesto, pero con un tipo de facciones demasiado frías para ser hermosas. Supuestamente, era militante de una agrupación marxista-leninista estudiantil de Buenos Aires que nadie conocía. Estaba cargado de un humor ácido y directo, era un conquistador innato, un hipnotizador, pero su mirada tenía también destellos de tristeza, una indecisión que yo advertía porque se parecía a la de Ignacio. Bruno se parecía a Ignacio, tenía su humor, sus entonaciones. Por eso lo había mirado, por eso me había acostado con él y lo había albergado, por eso y porque yo sabía que había una forma de ser mía, muy mía, que era una manera de querer parecer fuerte, cuando en realidad era frágil, tan frágil que al final todo el mundo acababa creyéndome fuerte. Era mi desgraciada porosidad, que siempre ha

hecho estragos en mí y que siempre he temido. Por alguna extraña razón la gente percibe que soy el abono ideal para todas sus plantaciones secretas. Y en eso, Bruno no era una excepción.

—¿Hay *morfi*? Vengo con un hambre que me muero. No sabés como está el tráfico, me llevó un montón de tiempo volver. ¿Le pediste a alguien que fuera a hacer la cola?, porque después de la reunión de anoche, espero que esos pelotudos de la JAP se decidan a cumplir. ¡No aguanto más la pescada rusa y el pollo rumano, polaco o ya ni sé de qué país del Este! Quedarse a vivir hoy día en Chile es una pelotudez de cinco estrellas y con vista al mar. No sé qué estamos haciendo acá, Julita. Aquí el que no llora no mama y el que no afana es un gil: Discépolo actualizado.

Cuando Bruno se ponía hiperelocuente y pesado, cuando mostraba su peor cara de aprovechador, de fresco y «chanta incurable» como yo lo llamaba, la vida cotidiana se transformaba en un suplicio.

—En este país se va a armar un bolonqui *que te la voglio dire*, acordate lo que te digo —a veces Bruno exhalaba una mediocridad asfixiante, resultaba tan arrogante, tan prepotente y áspero que parecía pretender ser antipático a propósito.

Apelando a la paciencia, le dije que sí, que alguien había ido por mí a buscar la ración semanal de alimentos y que había comida en la cocina, y miré impaciente mi terraza, calurosa, sofocante, ruidosa, polvorienta.

—¡Un bifacho a la plancha!… Eso. Sueño con eso. Y no sabés cómo extraño el salamín picado grueso de la Argentina, el matambre arrollado, una milanesa napolitana, unos ravioles al tuco… ¡Conchas de sus madres!

Bruno vociferaba con descaro, desgranaba puteadas en la cocina, insultaba a las Juntas de Abastecimiento y Precios, al general Bachelet y al Poder Popular, y yo me sentía sola, pavorosa y rotundamente sola. Sola en el centro de la nada, en medio del salón de mi casa donde la radio seguía trasmitiendo el discurso del presidente Allende desde México.

IX

Se van, se van y nunca volverán.
Compañeras, compañeros, la elección está resuelta,
ganaremos la primera y no habrá segunda vuelta.
Qué lindo, que lindo que va a ser:
volver a hacer asado con los pisos de parquet.
Patria sí, colonia, no.
Perón cumple, Evita dignifica.
Viva Perón, carajo.

Si Evita viviera sería montonera.
Qué lindo, qué lindo que va a ser:
el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel.
Reviente quien reviente, Perón será presidente.
Y luche, luche, luche,
y no deje de luchar
por un gobierno obrero,
obrero y popular.

Los militares abandonaron el escenario político. El 11 de marzo de 1973, el FREJULI ganó las elecciones en Argentina y no hubo balotage. Los sueños de expropiación no fueron más que sueños, el Sheraton de Buenos Aires siguió siendo el Sheraton Hotel. La guerrilla peronista continuó asaltando cuarteles, asesinando militares, secuestrando políticos y empresarios, aprovisionándose de armas o derrochando el caudal de los rescates.

Luche y Vuelve. El general volvió tres meses más tarde y aquello fue una carnicería.

La masacre de Ezeiza tuvo lugar el 20 de junio de 1973; dejó decenas de muertos y cientos de heridos. Perón responsabilizó de los hechos a las organizaciones juveniles de la Tendencia Revolucionaria, comenzando a distanciarlas del Movimiento Peronista y de las estructuras de su gobierno. Las Juventudes y la izquierda en general comprobaron que, ya de regreso, Perón definitivamente defendía a la derecha peronista y castigaba verbalmente a los «marxistas, terroristas y subversivos» a quienes denominaba peyorativamente «infiltrados».

Mientras lloraban a sus muertos, los montoneros optaron por mantener la lealtad a Perón y la disciplina al Movimiento:

> *Quien conduce es Perón, o se acepta esa conducción o se está afuera del Movimiento. Esto es un proceso revolucionario, es una guerra, y aunque uno piense distinto, cuando el general da una orden sólo hay que obedecer.*

Afirmaciones como estas, que se difundían en órganos periodísticos partidarios como *El Desca,* eran un subterfugio táctico de los descamisados de Perón, porque resultaba evidente que la organización Montoneros mantenía serias diferencias con el general y con la imagen que el líder ofrecía sobre la forma de encauzar el proceso político que se avecinaba.

Aquella tarde del miércoles 20 de junio del año 73, desde mi oficina de Santiago de Chile y a través de una red de radioaficionados, seguí las alternativas del acto convocado en el cruce de la autopista Richieri con la Ruta 205, sobre el puente de El Trébol. Hacia esa zona del aeropuerto de Ezeiza avanzaban las columnas suicidas de la Tendencia Revolucionaria; llegaban de todo el país, no sólo de la capital. El palco ya estaba ocupado por el comandante de Gendarmería, Pedro Antonio Menta, las mafias sindicales y toda la derecha del peronismo.

Cuando comenzó la balacera, escuché entre disparos la voz de Leonardo Favio que pretendía animar el acto abriendo jaulas para que volaran al viento miles de palomas blancas que iluminarían la bienvenida del general Perón a la patria.

Las columnas de los jóvenes avanzaron y, desde las copas de los árboles, los fusiles ametralladoras del Comando de Organización y la CNU vomitaron metales pesados contra las palomas de la paz y los militantes de las Juventudes. Estos entonaban *Perón, Evita, la patria socialista*, y la extrema derecha replicaba *Perón, Evita, la patria peronista*.

La trasmisión se interrumpió y también se interrumpió mi aliento.

No supe nada más, hubo silencio por horas. Presentí el ingreso acelerado a un purgatorio que podía producir cataclismos.

Luche y Vuelve. El General Perón había vuelto y todo era descontrol sin belleza. Si cerraba los ojos veía fusiles cruzados en aspas.

Sabía que Ignacio estaba semiclandestino y presentí que ante mí podía abrirse la primera página del libro de los difuntos, iniciarse el culto a los muertos, un culto que intuí que podía resultar interminable.

Rondé por mi oficina como un gato extraviado, luego cerré la puerta con llave y me quedé adentro, sentada en un rincón, pensando en los trámites de la muerte y pidiéndole en voz baja a un Ignacio imaginario que no se mezclara con la sangre ni con las putas palomas blancas del Comando de Organización y la CNU, de López Rega, Rucci y Lorenzo Miguel, Abal Medina y Osinde.

Comprendí cuánto había querido a Ignacio Wilmart y cuánto lo seguía queriendo.

A la noche, volví al departamento y caí en la cama con un enorme paquete de galletas. Bruno regresaría tarde, a esas horas participaba en los debates estériles de una asamblea universitaria sobre el contexto de la correlación de las fuerzas políticas y su visión gramsciana de la guerra de posiciones. Su ausencia me resultaba conveniente, saludable, casi festiva. Empecé a leer y a comer, comer y leer y seguí leyendo y comiendo, comiendo y leyendo. Casi

a la madrugada, escuché la voz de Ignacio, entrecortada, a través del teléfono de mi mesa de luz.

Después de más de dos años de ausencia, volvía como siempre, como si nunca se hubiese separado de mí, como si me hubiera visto un par de horas atrás. Como siempre.

—Los perdimos al Chacho y a Tonio, Julia, los perdimos… carajo. Les importaba más la revolución que ellos mismos. Ninguno de los dos quería una vida mal vivida, vos lo sabés. Pero los dos se murieron sin hacer lo suficiente.

Ignacio se ahogaba por un llanto que se esforzaba en aplacar. Después vino el silencio y la bronca:

—La vida por Perón… Muera y vuelve —se quebró en su ironía y colgó.

Al día siguiente de la masacre de Ezeiza, el jueves 21de junio de 1973, leí en el *Puro Chile* el anodino mensaje del general Juan Domingo Perón, pronunciado veinticuatro horas después de su regreso al país.

> *Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: «de la casa al trabajo y del trabajo a la casa». Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos. Hay que volver al orden legal y constitucional como única garantía de libertad y justicia. No es gritando «La vida por Perón que se hace Patria», sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco deben ignorarlo nuestros muchachos, los que levantan ahora nuestras banderas.*

Antes de terminar de descifrar el palabrerío de aquel discurso que consideré digno de los mejores tiempos de Benito Mussolini, tomé la decisión de viajar. Adelanté reuniones, precipité acuerdos de trabajo y, entre la redacción de informes acelerados, el ajuste y el cierre de la maleta, la disyuntiva entre elegir un abrigo o un

impermeable, llamé a una compañera porteña para que contactase a Ignacio y me embarqué para Buenos Aires.

Sentía algo parecido al arrepentimiento, pero estaba obsesionada por el deseo.

X

Al despertar, la cama grande, el suelo de madera del entrepiso, el techo inclinado y el calor que subía desde la estufa del *living*, me dieron la confortable sensación de encontrarme en un escenario, donde sólo faltaba Ignacio, como la noche anterior, derrochando sorna y estilo tanguero:

> *Para el récord de mi vida sos una fácil carrera*
> *que yo me animo a ganarte sin emoción ni final.*
> *[...]*
> *Yo he visto venirse al suelo sin que nadie lo disponga*
> *cien castillos de ilusiones, por una causa mistonga*
> *y he visto llorar a guapos por mujeres como vos…*

Él no estaba en la cama, su ropa había desaparecido del suelo, pero quedaba en las sábanas su olor y la huella caliente de su cuerpo. Debajo de la almohada, una Trejo semiautomática, su pistola mexicana.

Entorné los ojos y me volví a recostar, sentí una paz balsámica, esa ligereza del sexo en plena juventud, el placer de haber juntado otra vez mi boca y mi cuerpo con la boca y el cuerpo de Ignacio. Después bajé desnuda las escaleras, percibí el aroma del café caliente y me cubrí con el impermeable que había dejado la noche anterior en la planta baja.

Esa noche me había encontrado con Ignacio en el Café Tortoni, el viejo bar de avenida de Mayo. Estaba demacrado, desalineado,

con el aspecto de un preso en huelga de hambre, y no se sentó a mi mesa, la mesa de siempre, la primera del rincón derecho. Antes de nuestro primer viaje a Chile por la elección de Allende, cuando el amor crecía, siempre nos encontrábamos allí o en el bar Plaza Dorrego, el de San Telmo. Y en ambos bares teníamos una mesa predilecta, la mesa propia.

Aquella noche en el Tortoni, Ignacio se había acercado con gesto casual, apenas me saludó y me explicó que lo seguía un compañero que iba a llevarme a un sitio seguro, donde podríamos estar solos. Poco después, me senté junto al desconocido y viajé en un *jeep* destartalado durante más de una hora, sin pronunciar una palabra. A mitad de camino creí reconocer algunas calles de San Isidro. La noche era fría y se había puesto a llover. Las luces de Buenos Aries empezaron a palidecer en la oscuridad y corrían cada vez más lentas a los costados del auto.

El conductor me pasó un pañuelo y me pidió que me cubriera los ojos.

—Compañera —me dijo en un susurro—, como bien sabés, es tanto por vos como por nuestros mandos. Obedecí sin replicar y continuó el silencio.

Llegamos. Me desaté la venda, bajé del *jeep*, crucé un jardín enorme, e Ignacio me recibió con un abrazo en la puerta de la casona.

Al día siguiente, con la luz de la mañana, la sala de la entrada parecía distinta, mucho más grande, menos señorial, más desgastada por el uso y los años. Las tablas del entarimado del piso estaban astilladas en los bordes, los cortinados mostraban pequeños desgarrones y esas manchas ásperas que dejan las polillas. Sobre un trinchante de roble y de estilo, había un Winco que reproducía un teclado dulce, por momentos desgarrador. Miré el tocadiscos, sonreí y lo interrogué a Ignacio con la mirada. En ese momento él venía entrando despacio desde la cocina, con una vieja cafetera de metal azul en una mano.

—Es un *long play* de Franz Liszt —me dijo y, por primera vez desde que lo conocía, parecía totalmente despojado de sus habituales recursos y ardides, de sus juegos de tipo duro y confiado,

de su imagen de auténtico cuadro militar de un ejército popular revolucionario. Todas esas manías entre seductoras y despóticas que tanto daño podían hacerme, habían desaparecido.

—Es el vals *Mephisto Nro. 1, S. 514*, escrito para orquesta hacia 1859 y luego reducido para piano. Escuchá bien, mezcla elementos sincopados y melodías extravagantes para describir una escena puntual del *Fausto* de Nikolaus Lenau. En esa escena, Mefistófeles y Fausto pasean cerca de una fiesta en el campo y los lugareños los invitan. El diablo toma el violín y genera un sonido que es tan cautivante como terrorífico. Fausto elige a una de las campesinas, baila con ella y se la lleva hacia el bosque, guiado por el canto de un ruiseñor que logra dejar atrás el violín maléfico. ¿Qué te parece? ¿Romántico, no? —bordeó la mesa con aires de payaso—. ¿Qué te pasa, por qué me mirás con esa cara? Ya sé, preferís: *O quizás simplemente te regale una rosa…*

Me reí de buena gana. Él dejó la cafetera sobre la estufa, me abrazó e inició unos pasos de baile, desarticulados, locos. Me guió hasta un sofá grande, me sentó sobre el cuero algo agrietado. Con los brazos y las manos simulaba los histriónicos gestos de un director de orquesta. Me besó en la frente, recorrió con sus manos mi espalda, una y otra vez, y me dijo que no quería perderme nunca, que me necesitaba.

Hubiera querido quedarme atrapada en ese instante, que nada cambiara ni se moviera.

A sus espaldas, en la mitad de la pared frontal, se destacaba un retrato antiguo, en blanco y negro, en un marco pretencioso. Era un hombre de mirada triste, una figura como encogida por el frío, un rostro tallado a hachazos, como de monje, ojos claros y distantes, labios finos, pelo gris, posando al lado de la bocina de un gramófono, esas viejas bocinas en forma de loto.

Lo miré con sorpresa y dejé de atender a las payasadas de Ignacio.

—¿Cómo? ¿Acaso no conocés a Raymond Wilmart de Glymes d'Hollbecq? ¿Cómo, Julita? Vos, que te creés tan revolucionaria.

—Debe ser algún pariente tuyo, digo, por el apellido y porque entiendo que esta es una propiedad de tus viejos. Pero eso de revolucionario… es difícil creerlo de tu familia —me reí.

—Esta no es la casa de mis viejos, ya no es segura. Es de unos primos. Bueno, parece que este tipo, Raymundo, estuvo enredado con varias minas —dijo Ignacio.

—Como vos —lo interrumpí con una candidez poco genuina.

—Sí, como yo —me respondió acariciando un mechón de mi pelo y acomodándolo detrás de mi oreja.

Ignacio estaba tan absorto en el relato que pensaba iniciar, y tan entusiasmado con la idea de contarme la historia de su abuelo, que no supo responder a la invitación de mi mirada. Por el contrario, mientras se le dibujaba una sonrisa, sus ojos risueños y melancólicos se perdían en el centro de su taza de café recién servida, y no alcanzó a vislumbrar mi deseo. Tuve que apostar por el bien menor.

—¿Y? ¿Me vas a convidar algo?

—Te cuento, Raymond fue un aparato raro en la familia —dijo, mientras me invitaba a sentarme a la mesa y se disponía a servirme un desayuno escuálido, descuidado—. Corrían los últimos días de 1872 o, quizás, los primeros de 1873, cuando desembarcó en el Puerto de Buenos Aires un pendejo de unos 22 años. Los papeles que presentó ante las autoridades lo identificaban como Wilmart de Glymes d'Hollbecq, nacido el 11 de julio de 1850 en Jodigne-Souvraine, Bélgica. Los que registraron su ingreso al país, que apenas podían escribir su nombre, no sabían que era el vástago díscolo de una familia noble y mucho menos se podían imaginar que su venida nada tenía que ver con hacer la América, el sueño de la mayoría de los inmigrantes, sino que traía una misión bien diferente: visitar la embrionaria sección local de la Asociación Internacional del Trabajo.

Ignacio estaba sentado en el borde de la silla, se había ido echando hacia adelante, los codos sobre las rodillas y las manos juntas; su tono se había hecho vehemente dentro del orden expositivo casi didáctico que empleaba. Yo no podía apartar la vista de su cara, de sus labios.

—O sea, el tipo venía a hacer contacto con los integrantes de la Primera Internacional Comunista en las pampas argentinas. ¿Qué te parece? Porque Raimundo Wilmart, como terminó llamándose, era el enviado de Carlos Marx a la Argentina. ¡Del mismísimo Marx, Julita! ¿Qué me decís? Y el objetivo de su viaje era hacer la revolución socialista en estas tierras. Mi viejo todavía tiene guardadas las cartas encabezadas con un afectuoso *Cher citoyen* que mi abuelo le escribía al inventor del socialismo científico para dar cuenta de su tarea revolucionaria en Buenos Aires. ¿Y? ¿Qué te parece?

—Una locura, Ignacio. ¿Qué me va a parecer? ¿Y por qué terminó reverenciado por el gorilismo?

Ignacio no había perdido su fuerte tendencia a disertar y también a la digresión, yo sé que a veces ni siquiera advertía mi presencia. Oculté mi mano entre sus cabellos y luego me apoyé sobre sus muslos. Él se reclinó sobre mí y rozó apenas mi oreja con los labios.

Noté que aquella mañana no apelaba a sus habituales anglicismos cuando hablaba de alguna persona de su familia. Ignacio había estudiado en los mejores colegios ingleses, había recorrido Europa y todo su linaje pertenecía a la alta sociedad porteña. Ellos cruzaban el Atlántico como yo cruzaba la avenida 9 de Julio. Los Wilmart eran profesionales, empresarios o estancieros, exponentes notables y patéticos de una derecha sin ideas. Ignacio era una oveja negra. Al comienzo todos pensaron que su militancia era un capricho de juventud y que pronto volvería al redil, terminaría su carrera de Derecho y administraría buenamente los bienes de la familia. Cuando pasó a la clandestinidad, no quisieron advertirlo o simplemente lo negaron, y hasta hicieron caso omiso al conocimiento fehaciente de que Ignacio hacía uso peligrosamente de algunas de las propiedades de patrimonio común. Lo ocultaron todo, por incredulidad o por desidia. La guerra solapada en la que estaba atrapado el país les resultaba inadmisible, a veces irrisoria. Se sentían seguros, protegidos por su ideología, su fortuna y su impunidad.

Yo, en cambio, hija y nieta de inmigrantes salmantinos pobres, había nacido en un barrio obrero del gran Buenos Aires, donde se escuchaba el tango arrabalero y no se conocía a Liszt. Los

mejores recuerdos de mi infancia eran las fiestas de los trabajadores peronistas, las parrilladas del 17 de octubre, los homenajes a Evita, los bailes y jolgorios de los carnavales: esas corridas junto a mis vecinas viejas que saltaban por las calles, reían y coqueteaban vestidas con batones que se pegaban a sus cuerpos voluminosos, cada vez que les llegaba un baldazo de agua de parte de alguno de sus contrincantes masculinos. No podía entender el entorno familiar de Ignacio; a duras penas yo había logrado terminar la universidad, trabajando ocho horas diarias, estudiando y militando por las noches. Él pertenecía a otro linaje, el mismo que políticamente se había propuesto aniquilar.

Muchas veces me pregunté si su posición y sus prebendas no me producían cierta envidia o si, en el mejor de los casos, simplemente quería imitarlo. La imitación brota del intenso deseo de asemejarse al otro, y todos, de alguna forma y en algún momento de la vida, buscamos tragarnos enteramente a los otros.

Permanecí sentada, silenciosa, algo inclinada sobre la mesa. Todo mi cuerpo era como la expresión de una paciencia melancólica y vigilante. Ignacio estaba lejos de intuir lo que yo sentía y prosiguió con su historia; él era un maestro de la evasión en puntas de pie. En cambio, yo lo hubiera continuado oyendo indefinidamente, aunque no me interesara mucho lo que me decía, oyéndolo y mirándolo.

—Bueno, te sigo contando. A Raimundo Wilmart, convencido militante comunista y amigo de Paul Lafargue —el que estaba casado con Laura, la hija mayor de Marx— se le encomendó viajar a Buenos Aires. En 1873, la realidad argentina no tenía nada que ver con las encendidas luchas proletarias europeas. Aquí, los inmigrantes internacionalistas estaban divididos por nacionalidades y no querían ni acercarse a nuestro «chinaje». El desánimo de mi abuelo se transformó en cansancio y desilusión; estudió abogacía, se casó con Carlota Correa Cáceres (ya sabés, alta sociedad…) y fue un notable jurisconsulto, al punto de enemistarse con el mismísimo Alfredo Palacios por sus ideas socialistas. En fin, el viejo se pasó a la vereda ideológica de enfrente y así terminaron todos los Wilmart.

Se quedó un rato mirándome sin verme.

Pero en los ojos de Ignacio siempre estaba la certeza de que todo estaba comenzando con más fuerzas, la certeza de que había que seguir adelante tanto en el amor como en la lucha política, con una determinación sin barreras, con la obstinación de un necio. En cambio yo pasaba por una nueva etapa de enamoramiento, mi mente era una bruma y, otra vez me dejaba contagiar por lo que mi compañero quisiera imponerme, por lo que él sentía o quisiera trasmitirme: entusiasmo, aversión, simpatía, temor, preocupación, obsesión.

Ignacio siguió pensativo unos instantes, se pasó la mano suavemente por la cara varias veces, como quien comprueba si todavía le dura el afeitado o la barba ya ha empezado a crecer, y cuando habló de nuevo, su voz sonó cansada:

—Este mundo sólo le pertenece a los que se atreven a vivir y a luchar por lo que es justo.

Me pareció que lo asaltaba una indignación, una especie de furia moral sin el menor sentido.

—Ignacio: ¿no dijimos que no íbamos a hablar de política? ¿O crees que no me pesa esta alforja que llevo en la espalda con todo el dolor de los compañeros muertos? No necesito que me realimentes la mística.

—Tenés razón. Brindemos, aunque sea con café. Brindemos por la robusta ignorancia de mis parientes burgueses —hizo una pausa y me miró con ironía—. ¡Y porque a la violencia del sistema vamos a responder con la violencia del pueblo organizado! ¿O no, Julita? ¡Y porque algún puto día lograrás descifrar el secreto de nuestro acertijo y viviremos juntos en un mundo mejor y para siempre! Ya lo verás.

Tenía una leve sonrisa en los labios. Prendió un cigarrillo, se lo llevó a la boca y aspiró una profunda bocanada de humo que luego expulsó poco a poco, dejándolo deslizar lentamente por la boca entreabierta y la nariz.

—Salud, compañero —levanté la taza con una mirada tierna—. Dicen los atacameños que la Vía Láctea es un enorme río de almas. Allá iremos a parar todos —y fingí un gesto rápido, una sonrisa de alivio.

—No, compañera, no —esta vez Ignacio me replicó con tono áspero e impaciente, y en ese momento su expresión pasó a ser marchita, fatigada—. Si te dejás guiar por las emociones, perdés la cabeza. Lo de Ezeiza fue un error, pero los errores hay que relacionarlos con el objetivo político que nos proponemos. No vamos a aguantar que nos maten, no vamos a quedarnos con los brazos cruzados. Ya no más acciones comando, ahora plantearemos la insurrección. Los gorilas están acorralados y a la burocracia sindical la va a parar Perón. Ellos son los que están condenados a perder y ya empiezan a retroceder ante el impulso que viene trayendo el pueblo. El movimiento es dialéctico, ¿no lo ves?, la debilidad de una parte fortalece a la otra, en este caso al pueblo. Vos no lo ves porque estás ciega por esas pelotudeces de la vía pacífica y todo el verso de los reformistas de la UP. Esos tipos están derrotados de antemano, ¿entendés?, porque nadie les va a regalar el poder. Nosotros, en cambio, tenemos las armas políticas y la organización militar, por eso vamos a ganar. ¡Y porque somos de verdad y peleamos de verdad! Y, sobre todo, porque contamos con la cobardía incondicional de esta clase media de mierda de esta Argentina de mierda... ¡Salud, compañera!

XI

Volví a Santiago de Chile como quien vuelve corriendo y riendo después de una tormenta benéfica o de un concierto lírico memorable. Vital, radiante, feliz, amiga del mundo, con reservas de voluntad, elevada en una marea de júbilo. Fui a mi departamento de Providencia y lo primero que hice fue echar a Bruno de mi casa, de mi cama y de mi vida.

No fue una tarea fácil.

Expresar un sentimiento auténtico se me hacía casi imposible porque lo que en esos momentos manifestaba Bruno era la quintaesencia de lo ridículo.

—Me paso por las bolas tu lealtad a los Montoneros o *al* Montonero. Me la paso por el quinto forro de las pelotas. ¿Entendés? ¡Y sobre todo después de la tremenda cagada que dejaron en Ezeiza!

Dejé la maleta sobre el colchón. Bruno lograba hacerme sentir incómoda en mi propia habitación, con técnicas y argucias patéticas.

—Julia, sos vengativa, sos cruel conmigo. ¿No podés entender que te quiero? —me tomó de los hombros, intentó abrazarme.

Limaba las aristas que le permitían encajar en aquello que entendía como propio, apostaba a una familiaridad que consideraba pertinente, a una potestad indiscutible sobre mi cuerpo, mi cotidianeidad y mis pertenencias.

—¿Dónde querés que me vaya? Yo siento que esta también es mi casa. Y vos me invitaste a venir. ¿O no? ¿Te acordás? Con el cuento de la soledad y de que es bueno compartir, y que somos compañeros, y que el amor y la lucha son la misma cosa.

Desfiguraba su supuesto amor hacia mí con una mezcla amarga de fastidio y profundo dolor, que excedía las palabras.

—¿Te das cuenta que te estás comportando como una burguesita mezquina? ¡Me tenés las bolas del porte de un buque con Ignacio, Ignacio, Ignacio! ¿Dónde está tu desapego revolucionario? ¡Y qué mierda puede importarme a mí ese boludo!

—Bruno, por favor.

Ante mis ojos, se convertía en un ser horroroso, en un monstruo.

—Si querés te ayudo a limpiar. Puedo lavar la ropa —bajaba la voz, se calmaba.

Yo cerraba los ojos y vivía la defenestración del parásito como una equivocación, sufría una mezcla de ansiedad y culpa.

—Bruno, por favor.

—Complicás innecesariamente las cosas. ¿Quién se va enterar en Buenos Aires que yo vivo acá con vos? Decime: ¿quién? No ves que sos muy torpe. Tus cálculos son siempre ratoniles, Julia.

—Bruno, por favor.

Su presencia, el énfasis de sus gestos me inquietaban y hasta me daban miedo.

—Decime: ¿en el fondo, vos me querés a mí, eh?

—Bruno, por favor.

—¿Y vos qué me das a mí? A ver, decime: una porquería de comida, cuando hay. Una cama dura en la que, para colmo, duermo casi siempre solo, porque vos viajás no sé adónde. ¡Y de coger ni hablar!... Hace rato que no querés ni hablar.

Bruno me desesperaba.

Aquella noche helada del 28 de junio de 1973, sin una gota de parafina para mi estufa, el tiempo transcurría, el ambiente se enfriaba, y mi cansancio no reconocía fronteras.

—No te pido que me pagues ningún lujo, ni un psicólogo, ni un curso de Incorporación del Pelo al Esquema Corporal, como hacen otros. Porque los hay, sí, los hay, y los conocemos.

—Bruno.

El malestar era creciente, interminable, por momentos inmanejable.

—Por favor, Bruno.
El alivio llegó por fin con el portazo.
Placer, sosiego: me arrastré hasta mi cama y me dormí vestida.

XII

Había pasado apenas un poco más de una semana desde la masacre de Ezeiza: nueve días exactos.

En Buenos Aires había podido llorar a los compañeros caídos pero, sobre todo, conseguí vivir una tregua con Ignacio, una tregua inusual. Horas y horas juntos, noches sin agresiones, sin sobresaltos, sin transformar la intimidad de las sábanas en un campo de batalla.

El día siguiente de mi arribo a Santiago y mi pelea con Bruno, apenas una veintena de horas después de haberme separado de Ignacio en San Isidro, la campanilla del teléfono sonó muy temprano en la mañana.

Miércoles 20 de junio y viernes 29 de junio de 1973: nueve días. Nueve días que no alcanzaban para vivir un duelo, el tiempo simbólico de unos dados que giran en el aire antes de caer. Sin embargo, hubo una sincronización, una simetría aterradora, a un lado y a otro de la cordillera.

El 29 de junio de 1973 fue el día del Tanquetazo en Chile. Fue un intento de golpe de Estado a cargo del teniente coronel Roberto Souper, del Regimiento Blindado N.º 2. Se utilizaron tanques y carros de combate pesados, de ahí que lo llamaran «El Tanquetazo».

La sublevación fue rápidamente sofocada por algunas tropas leales, lideradas por el comandante en jefe del Ejército Carlos Prats. Ignacio me llamó a primera hora de la mañana. Apenas conocía los hechos y no podía imaginarse que el alzamiento iba a ser prontamente sofocado.

—Lo mataron a Leo* —me dijo por teléfono—, lo mataron a Leonardo, estaba filmando en Agustinas con Morandé, cuando esos hijos de puta…

Yo estaba muy cansada, somnolienta. Miré por la ventana y el cielo todavía estaba cargado de sombras, de humedad y neblinas. Sostenía el teléfono con la mano derecha y con la izquierda sintonicé la pequeña radio a transistores que tenía sobre mi mesa de luz. La voz del presidente Salvador Allende se escuchó sin nitidez, con rumores y estallidos de fondo:

> *Un sector sedicioso se ha levantado. Es un pequeño grupo de militares facciosos que rompen con la tradición de lealtad. El Blindado N.º 2 dispara contra La Moneda. La Guardia de Palacio hace frente.*
> *Llamo al pueblo para que tome las industrias, pero no para ser victimados. Que el pueblo salga a la calle, pero no para ser ametrallado. Que lo hagan con prudencia, con cuanto elemento tengan en sus manos.*
> *Si llega la hora, el pueblo tendrá armas. Pero yo confío en las Fuerzas Armadas leales al gobierno.*

Pensé en decirle a Ignacio que lo quería, que había estado fantaseando con la idea de volverme a Buenos Aries y que ya vería cómo organizaba mi vida junto a la suya, desde la clandestinidad. Pero las posibilidades del lenguaje siempre son finitas, siempre encuentran su límite: hay cosas de las que no se puede hablar.

Colgué el auricular del teléfono sobre la horquilla, apagué la radio que me martillaba los oídos y me senté al borde de la cama con la gravidez de un pobre pájaro que siente sus alas cortadas en pleno vuelo.

Me vestí de verde oliva para salir a la calle. Lo recuerdo como en una película de planos largos, de tiempos muertos, de recorridos

---

* N. del E. Se refiere al periodista y camarógrafo argentino Leonardo Henrichsen, asesinado por uno de los sublevados mientras registraba con su cámara el asalto al Palacio de la Moneda.

por espacios vacíos e impersonales, sin saltos inesperados, como la repetición y la repetición de la misma idea. Tenía que contactar a mis compañeros del partido que me esperaban en una de las sedes de reunión del cordón Mapocho-Cordillera. Allí estarían las armas, esa era la consigna. Era el sitio donde había llevado a cabo mi adiestramiento militar en secreto, un inmenso sótano de una *boîte* con las paredes recubiertas con bolsas de arena. Era también el lugar de la puesta en crisis de todo aquello que le otorgaba sentido a mi realidad.

Nada ocurrió según lo esperado y ni los dirigentes ni los militantes lograríamos superarlo nunca. La orden consistió en una sola palabra: *Desmovilización*. Sólo algunos integrantes aislados de los grupos de francotiradores desobedecieron las disposiciones de los comités centrales de los partidos de la Unidad Popular. El resto de los militantes volvimos a nuestras casas y el gobierno resolvió, en la tarde de ese mismo viernes 29, pedir al Congreso Nacional la implantación del estado de sitio.

Pese a mi particular talento para quedarme corta de tiempo, ese día el tiempo me sobró. No pude hacer nada, ni desempacar mi valija, ni siquiera amontonar la poca ropa de Bruno, ni tirar sus papeles, el desorden y basura que había dejado mi huésped tras su partida atropellada e involuntaria.

Para mí fue un día inmóvil, el día más inmóvil de mi vida.

Pasadas las siete de la tarde, el presidente Allende le habló al pueblo chileno en la plaza de la Constitución, ante una multitudinaria concentración pública congregada frente a La Moneda:

> *Rindo homenaje a las fuerzas leales del Ejército de Chile, de la Armada Nacional y de la Aviación.*
> *Rindo homenaje a los civiles que perdieron su vida, como consecuencia de la actitud artera, antipatriota del grupo insurgente, una actitud contraria a la doctrina de nuestras Fuerzas Armadas.*

Quince años más tarde, en sus *Memorias de un soldado*, el general Augusto Pinochet Ugarte, escribiría que El Tanquetazo había servido para que los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas pudieran medir la capacidad de las organizaciones paramilitares pro Unidad Popular, registrar el tipo de armas que estas usaban, y comprobar que los llamados de Allende al pueblo para defender el gobierno prácticamente no habían tenido eco.

Mientras que, nueve días antes, en Argentina, la masacre de Ezeiza había sido sólo el preanuncio de las operaciones que más tarde distinguirían a la Alianza Anticomunista Argentina, la Triple A, organizada por José López Rega y sustentada por Propaganda Due, la mafia fascista del italiano Licio Gelli.

XIII

—Julia, ¿puedes ayudarme con una traducción? Hay buen billete y es algo rápido —me dijo mi amigo Manuel Sepúlveda por teléfono.

—Manu, ya lo sabes. Sigo arando sobre el pasado. No sé si tengo tiempo. Mejor dicho, no sé si tengo ganas.

—Mira, chicoca linda, te necesito. Veámonos y te cuento.

—Bueno, veámonos aunque sea un rato.

Me obligué a tomar una ducha, a encontrar algún trapo aceptable para vestirme y salir de mi casa, escaparme del presidio de mi escritorio y mi computador; el búnker particular desde el que daba pocas señales de existencia y apenas atendía el teléfono.

Hacía días y días, tal vez semanas, que vivía para escribir. Apenas había visto a Gonzalo un par de veces, habíamos comido juntos, hablamos de trivialidades, hicimos el amor con desgano.

No había salido de Santiago, no había ido a la casa de Zapallar, había dejado de ver a mis amigos. Conversaba a veces con Nacho, mi hijo, pero también nos veíamos poco, compartíamos algunos ratos, tomábamos un trago, a veces.

—El pasado no está de moda y recordarlo es como de mal gusto. La vida está repleta, está llena de cosas que hacer y en qué pensar. Está llena de otros asuntos, de otros temas y yo estoy viviendo como si girase dentro de una centrífuga, como si un viento fúnebre dominara mi escritura —le dije a Manuel, con voz suelta y atropellada, en Le Flaubert, un café de Orrego Luco y la Costanera. Ya nos habíamos tomado un té de flores de hibiscos, habíamos

hablado del trabajo de traducción, yo había aceptado compartir la pega, y habíamos llegado a un buen acuerdo económico; pero yo seguía pensando en el Ignacio de mi historia.

Antes de las cuatro me había sentado a una mesa de la terraza. El sol escuálido de las tardes de invierno en Santiago se derramaba desde un cielo azul sin nubes. Había mirado los troncos secos de los árboles y había observado largamente esos arbustos oscuros, esas ramas que se entrelazaban tejiendo dibujos al azar del viento, unas imágenes hipnóticas como mis viejas alucinaciones. Un gorrión con las alas breves había anidado sobre una corteza. Me pareció un niño melancólico, un niño sin padre. Algo después de las cuatro y media apareció Manuel Sepúlveda, con su inconfundible aire pueril y bohemio. Por primera vez, por algún motivo extraño, su cara me recordó la de una tortuga, una tortuga triste.

—Tienes razón, Julia —y Manuel asintió con un gesto marcado. Aprobaba mi discurso sobre la inutilidad de volver al pasado, y eso bastó para que me viniera abajo. Su visión de las cosas era tan honesta como apasionada. Pertenecía a una cultura que constantemente rechazaba lo falso por lo verdadero, lo pueril por lo significativo.

El silencio se hizo largo y tan espeso como si todos los sonidos de alrededor no tuvieran otro objetivo que subrayar mi desolación.

—¿Cómo va la cosa con Gonzalo? —quiso alentarme Manuel.

—Como un cuento que se va reescribiendo cada día —dije con fatiga.

Gonzalo Urrutia, mi pareja, era un arquitecto que, por sobre todas las cosas, amaba el cine y contaba con las habilidades de un buen realizador. De joven se había fascinado con la experiencia del cine-tren de Alexander Medvedkin, un cineasta soviético desconocido en la mayoría de las historias del cine y que en los años treinta había «puesto el cine entre las manos del pueblo». Durante los años setenta, Gonzalo había constituido un circuito alternativo de producción fílmica y creado una cooperativa de jóvenes cineastas, sin mucha experiencia técnica pero con mucha pasión artística y fervor

revolucionario. El grupo produjo un par de buenos documentales poco antes de la caída de la Unidad Popular.

Yo había conocido a Gonzalo hacía algunos años, justamente en una cinemateca, la del Goethe-Institut, y nos habíamos gustado de inmediato. Actualmente no hacía cine, trabajaba en su profesión, en un estudio de arquitectos de Las Condes, muy renombrado y muy cuico.

—Ya sabes, mi relación con Gonzalo no tiene historia y tampoco se proyecta. Vivimos el amor como llega, cuando llega y si llega —continué, volviendo a mirar las ramas secas de los árboles—. A veces compartimos varios días en la casa de él o en la mía, pero hay otros tiempos en los que pasamos semanas sin vernos

—Lindo tipo, Gonzalo. Me gusta. Y él te quiere mucho, muchísimo.

Yo escuchaba a Manuel desde una indiferencia distraída, cómo si ni él ni nadie tuvieran algo interesante que decirme.

—¿Y Nacho? ¿Cómo está Nacho? —mi amigo insistía en animarme y yo apelaba a la paciencia por pura flojera.

—Mi hijo siempre bien, sigue enamorado de la Física y de su polola. Los dos viven para el trabajo, se parecen a Pierre y Marie Curie: una relación fundada en un laboratorio. Y los invitan de todas partes, se las pasan en congresos. Nacho es feliz, sigue vistiéndose como un lolo y sigue con su risa contagiosa. Lo veo poco, ya sabes, sólo tiene domicilio oficial en mi casa —le respondí con cierto fastidio.

Manuel me miró enigmático, y sentí que se dilataban los minutos y que a ambos se nos acababa la paciencia.

—Julia: uno se puede pasar aislado y con la pluma en la mano días enteros y sin embargo logra sentir algo que se parece a la vida. ¿No lo crees? No lo digo yo, lo dijo Chejov.

—No es eso, Manu. No es eso. Han pasados tantos años y mis lealtades parecen un anacronismo. No sé, tanto hablar de los muertos… Aparte, esta democracia secuestrada, esta democracia con amarras, me agobia, como a todo el mundo —también fruncí el ceño y sentí una sensación de mareo, un malestar vago.

—La democracia liderada por los muertos en vida, dices. Así son las amarguras de la historia. Son pocos los que no destiñen, amiga. Ay… si los huevones volaran, en el cielo de Santiago nunca se vería el sol.

—Son tan pocos los que están donde deberían estar, Manuel, donde estuvieron antes, donde habían elegido estar siempre. Mirá cómo funciona el neopopulismo de Cristina, es una Evita Perón postmoderna. ¿Y los socialistas de Chile? Mirá a la Michelle de hoy y la de ayer, mejor dicho, la de anteayer. Mirá el hartazgo de su campaña con trajecito azul, perlas al cuello y sonrisa inconmovible impresa desde Arica a Punta Arenas ¡Y la vamos a votar, obvio! No sé, cuando miro hacia atrás… Quisiera poder vivir sin palabras, como las piedras.

Hubo otra pausa, un silencio breve, un silencio incompleto. Hacía falta mucho tiempo para distinguir el final de un capítulo del final de la historia, me había dicho Manuel, y en ese momento me sonrió.

De pronto me pareció que éramos dos reliquias patéticas de un mundo abolido, y que hablábamos de cosas que ya nadie recordaba y que no le importaban a nadie. Opté por enmudecer.

Manuel se quitó las gafas, el roce de su mano con el cristal produjo un sonido agudo y leve como una chispa. Hasta ese momento había estado esperando pacientemente que yo le diera una tregua, que le diera la oportunidad de leerme un artículo suyo, algo fustigador acerca de las banalidades de la Feria del Libro. Limpió los cristales con mucha parsimonia y me miró.

—No quiero meter la cuchara en el plato ajeno. Pero sí, tienes razón. Todo se vuelve viejo rápido, inútil o inservible después de un tiempo. Las cosas son así ahora, Julia: comprar, tirar, comprar. Todo se vuelve caduco muy pronto. Y no hay pasado, no-hay-pasado. Todo está programado para tener una corta vida. Vivimos en un mundo anestesiado. Pero nos sublevamos en la ficción, en la fantasía, en la literatura, en este otro tiempo que también nos pertenece porque estamos vivos y lúcidos y todavía somos capaces de recordar.

Cerré los ojos, inspiré profundo e instintivamente recité en silencio los versos de la Pizarnik: «Yo no sé de pájaros, no conozco la historia del fuego. Pero creo que mi soledad debería tener alas».

—Mira, Julia —comenzó con cierta vehemencia—, estás tratando de darle existencia y audacia a cada palabra, a cada acto. Si hubiera cosas que no las pudieras decir en voz alta, nadie podría creértelas. Y las estás escribiendo. Los cabros también tienen que aprender de nuestros fracasos ¿o no? Y que lo viejo quede, quede presente, que no deje nunca de quedar.

En ese momento me convencí de que lo mío era una mezcla imbancable de arrepentimiento, de culpa por estar viva, y de una burda apelación a la inmortalidad. Inmortalidad no para mí, sino para lo que amé, para dejar las huellas de lo que hice y defendí, huellas para los que vendrán después, cuando lo único que quede sean cenizas o muy pocos recuerdos. Descubrí que todo lo que escribía y todo lo que hacía lo hacía para atestiguar, para dar fe, pero ni siquiera de algo que me era propio. Si los fantasmas existían es porque aparecían en relatos como los míos, y esa condición, meramente literaria, en definitiva no resulta demasiado buena para el reposo, que es el único derecho que pueden reclamar los muertos.

—Julia querida, no hay pasado porque el futuro se ha convertido en un valor absoluto —dijo Manuel. La publicidad utiliza el futuro para vendernos todo, desde la estabilidad económica hasta una muerte feliz. Pero ni tú ni yo vamos a comprar en cuotas un hoyo en el Parque del Recuerdo. No, vamos a seguir resistiendo y, con cueva, seguiremos viviendo y escribiendo.

—Y que los dioses repartan la suerte, ¿verdad?

Abracé a Manuel. No quería seguir escuchando su acento seguro, confiado, sólido y a la vez escéptico.

Me fui. Caminé despacio. Era mejor no hablar más, no pensar más, dejar que el tiempo o el azar fueran imponiendo sus condiciones.

Durante todos aquellos años que desfilaban en los escenarios de mi novela, mi vida había consistido en la suspensión de garantías, allanamientos, manifestaciones acorraladas, periódicos confiscados,

censura de los medios, prohibición de piezas teatrales o de escritura de ficción, de exposiciones y películas, violaciones de domicilio, partidos ilegalizados, compañeros torturados, enterrados vivos, desaparecidos y exiliados. Las universidades estaban ocupadas militarmente y privadas de autonomía, había teatros de operaciones donde no entraban ni la Constitución ni los Tribunales, asesinatos selectivos, grupos delincuenciales de la policía, detenciones en masa, masacres, balas en la noche que hacían un ruido semejante al graznido de pájaros extraños. Escenarios en los que se vivía al filo de la nada. Seres humanos que se debatían entre los símbolos que encierran los sueños y los peligros que se ocultaban tras las esquinas de cada pesadilla. Mi historia, la historia de aquellos años, era exactamente eso, una pesadilla de la cual, como alguna vez escribiera Joyce, cualquiera con una cuota de sensatez trataría de despertarse. Y, sin embargo, yo había elegido anclarme en medio de ese delirio.

Mientras empezaba a caminar por la Costanera, Manuel me mandó un SMS en el que me recordaba que las grandes narraciones andan por ahí tan libremente como el polen en la primavera, como los huevos innumerables de los peces o de las ranas. Y mientras celebraba esas ocurrencias de Muñoz Molina, me recordaba que cualquier persona que cuenta con claridad y coraje su propia vida, está relatando una imperiosa novela, afortunada y valiente.

No tuve ánimo para seguirle el juego.

En la esquina de Pedro de Valdivia tuve que cruzar el puente. Me ardían los ojos y la garganta por el gas lacrimógeno, escuché el trote lejano de los caballos sobre el pavimento, los gritos y los balines, vi los uniformes verdes y el avance de un carro lanza-aguas. Las Fuerzas Especiales de Carabineros estaban reprimiendo una manifestación estudiantil que avanzaba por Providencia, una de las tantas que se producían casi a diario. Había jóvenes y adolescentes casi niños, corriendo para todas partes.

Volví a mi casa y me miré en el espejo del recibidor. Vi mi cara como a través de unos velos pegajosos como telas de araña. Luego con más claridad y con más malicia, revisé una por una mis arrugas, unas arrugas profundas que daban cuenta de mis múltiples lides. Era

el rostro de una mujer madura en la que el tiempo había estampado día tras día unas huellas poco piadosas.

Y sin embargo, mantenía la mirada intacta.

Sonreí. Conecté el MP3 que tenía sobre la biblioteca del *living*. Al escuchar los primeros acordes de la *Séptima Sinfonía* de Malher, me pareció oír algunas voces antiguas: *No hay que vacilar, compañera, no se puede aflojar*; voces desterradas: *el rumbo de siempre, como siempre*; voces cínicas: *espíritu de sacrificio, sí camaradas, abnegación, y si es necesario hay que inmolarse. Todo por la revolución*; voces alteradas por los años: *como siempre, mi compañera*. Volví al estudio y seguí debatiéndome delante de mi ordenador. Continué trabajando y presentí que continuaría haciéndolo siempre.

XIV

Habían pasado casi tres meses desde mi último viaje a Buenos Aires y era muy poco lo que había sabido de Ignacio. Yo no tenía forma de ubicarlo y él me hacía llamadas cortas desde cabinas públicas. Eran comunicaciones insustanciales, a veces intercambiábamos un insuficiente «te quiero», o él me preguntaba si había logrado descubrir el misterio de nuestro secreto, el acertijo que resolvería todos nuestros problemas, y yo apenas conseguía responder: «te extraño» o «necesito verte». Un día me dijo que le gustaría planear por encima de los accidentes de la política, que estaba harto. Otras veces me susurraba una bobada cariñosa que me hacía sentir eufórica y por un rato creía que la vida era benigna y se apiadaba de mí.

Esperar era mi ocupación mental primaria, pero faltaba la piel, faltaba el consuelo. Ignacio no llegaba a explicarme nada con claridad, las llamadas se interrumpían. Me soltaba las palabras como salen los coágulos de una herida profunda.

Estaba atrapada en una tela de araña, me mantenía sentada en la palma de una inmensa mano que encerraba mi vida. Fantaseaba sin límites y a la vez me satisfacía cualquier migaja: oírlo, vislumbrarlo en sueños, presentirlo, que aún estuviera en mi horizonte y no hubiera desaparecido del todo. Como buena amante fiel que se conforma con poco con tal de que no le priven saber de la mera existencia de su amado, me había impuesto a mí misma no suplicar, no molestar, no exigir. Sólo esperar, sólo vigilar.

En esos momentos me resultaba imposible viajar a Buenos Aires por las exigencias de mi trabajo y la militancia; aparte, no

sabía dónde ni cómo encontrar a mi compañero. A veces me permitía apelar al destino o algún ángel irreverente, a los guardianes naturales de los desesperados o al arcángel Miguel, príncipe de las milicias celestiales. La gente cree en Dios o en los ángeles porque el mundo es muy complicado. A mí me daba vergüenza hacerlo, pero terminé creyendo. Nimio consuelo ante una desolación feroz.

Y así pasaron tres largos meses. Larguísimos.

Más de noventa días en los que viví pendiente de las noticias argentinas, hasta que las chilenas llegaron a abrumarme aún más. Todo aquello que estaba a punto de ocurrir, que muchos sabían y otros negaban, se precipitaba hacia su fin. Muchos militantes de la Unidad Popular creían que el futuro todavía estaba abierto, pero pasaban los días y, desde las mañanas hasta las noches nos parecía escuchar el funcionamiento de una máquina de extrañas lógicas políticas, de esas que no se escriben de antemano, ni se pueden desentrañar ni predecir.

XV

Una blancura antigua y deslumbrante me lastimó los ojos, y ese fue el inicio de aquella mañana de septiembre, aquella mañana fría y sin pájaros.

En la sintonía de Radio Magallanes escuché por última vez la voz del presidente:

> *Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse.*

Y, sin embargo, era la primavera la que debería haber estado imponiéndose en su más luminosa encarnación.

> *Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, vive el pueblo, vivan los trabajadores!*

La del año 1973 fue una primavera traidora, y aquel martes 11 de septiembre comenzó a escribirse en Chile la crónica del apocalipsis, cuando el apocalipsis no era más que otro capítulo de la historia de una humanidad condenada, desde siempre, a la nada. Pero entonces yo no lo sabía.

XVI

En las primeras horas de la madrugada del sábado 15 de septiembre de 1973 murió Ignacio Wilmart.

Un taxi lo atropelló al cruzar la avenida Pueyrredón, a la altura de Córdoba, en el barrio Congreso de la ciudad de Buenos Aires. El chofer no lo asistió, lo dejó solo en la calle, encharcado en sangre.

Lo último de lo que debió de darse cuenta fue que moría por confusión y sin causa, es decir, de un modo imbécil, en un charco de mugre y con su camisa blanca teñida de rojo.

Mi dolor fue brutal. Sonó el teléfono y se me acabó el mundo. Lo único que podía entender era que estaba tragándome un pedazo de vidrio roto.

Recibí la noticia aturdida, con la impresión de que me estaban vaciando las entrañas y ese vacío giraba dentro y subía hasta mi cabeza. Un nudo en el vientre, un sudor frío y unas manos invisibles que me apretaban la garganta. Era como bajar por una escalera mecánica que me llevaba desde las tinieblas hasta las tinieblas.

Me dijeron que en los últimos meses Ignacio no hacía otra cosa más que militar, que andaba descontrolado como un histérico, que se había convertido en un extremista encallecido e inflexible y que se había extraviado entre los peores demonios cotidianos de la política. Me dijeron que Ignacio Wilmart estaba loco, que era un narcisista que se creía dueño de la Orga, un autoritario dentro del Movimiento, que consideraba burgués hasta un plato de sopa Knorr, que era tan despótico que había perturbado y castigado a

muchos compañeros con su egoísmo estéril, con su exaltación permanente y descomunal, con la exacerbación de un fanatismo inútil.

¿Y yo qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer con nuestro acertijo secreto? La solución del desafío entre nosotros, del enigma que nos devolverá a un mundo de felicidad para siempre: «Sólo después de la violencia, sólo después de arrasar con esta realidad caduca y odiosa, en esta misma tierra burguesa arrasada, brotará la esperanza de una vida mejor, nacerá la razón de ser de los pueblos, de los explotados, los vencidos. Y seremos felices, Julita, seremos muy felices juntos…».

Yo trataba de domar mi conmoción pero la irrealidad está hecha de detalles, como los pensamientos persecutorios, como la visión de la muerte viniendo a poner su manaza sobre la boca de Ignacio, como el sonido de una música fúnebre, esa música lejana que oía junto al lento devenir de los datos ofrecidos por teléfono y las precisiones inútiles que acompañan siempre lo que no se puede aceptar. Y la voz de Ignacio a lo lejos con las promesas y el juego de un acertijo no resuelto, porque él no murió de poesía, ni en un día azul de primavera, como alguna vez vaticinara para sí mismo Nicanor.

Me convertí en un bloque de acero, inmóvil, duro. Me quedé sorda y muda. Me negué a mostrar el estremecimiento que acompaña a la noticia de toda desaparición violenta, me negué al espectáculo final. Entré en una dimensión del tiempo en la que nunca había previsto estar. Era como caer en un hoyo profundo, en un silencio sólido, como partir hacia el otro lado de lo real.

Detrás de los Andes las voces de miles de manifestantes se reproducían en las calles de las ciudades argentinas:

Chile, Chile, Chile no bajes tu bandera
que aquí estamos dispuestos
a cruzar la cordillera.

Alrededor, Santiago era apenas un desierto sin murmullos: los labios cerrados, las conciencias mudas y algunas voces ásperas.

XVII

Bruno volvió a verme y su visita fue el triste epílogo de mi último capítulo en Chile, durante aquella década decisiva de los años setenta; decisiva para mi vida, decisiva para la historia del país.

Bruno Binelli Burgos supo del precipitado cierre de la Oficina de Solidaridad en la que yo trabajaba y su imprevisto traslado a Lima. Se había enterado de la desaparición de dos de mis colegas de trabajo, de la muerte de algunos de mis compañeros del partido, y de mi viaje de regreso a la patria. También él estaba preparando una pronta partida.

Había conocido detalles sobre el accidente de Ignacio en Buenos Aires, sobre su muerte absurda, sin ninguna gloria, sin el heroísmo con que todo militante sueña terminar sus días.

Abrí la puerta de mi departamento con el automatismo de quien vive mentalmente en otro siglo, de quien acepta lo reciente y cotidiano por mera tolerancia, con desatención.

Bruno me miró, me observó callado, a medio metro de distancia. Por primera vez en muchos días, vi de reojo mi imagen en un espejo que estaba al costado, en el suelo, sin empacar todavía. Me vi con la figura oblicua. Estaba en bata, despeinada, delgadísima y atrapada en un enjambre de tics nerviosos, con una de esas palideces que acaban por desdibujar todos los rasgos de un rostro, como si no sólo mi piel hubiera perdido el color y el lustre, sino también mi pelo, las cejas, las pestañas, los ojos, los labios. Mi cara era difuminada, mate.

Él no estaba hecho para la contemplación de la pena y ese espectáculo le debe haber resultado intolerable. Me observó unos segundos más, con impaciencia, miró alrededor, las maletas y las cajas, casi todo estaba envuelto. Y luego, como si hubiéramos despertado los dos en la misma cama, como cuando éramos buenos amantes, me hizo una caricia fugaz en la mejilla, me abrazó y me besó con delicadeza, con dulzura.

Le agradecí con una sonrisa deslucida y volví a experimentar mi sentimiento de vida prestada y anodina, mi impresión de haber tomado un desvío equivocado y de estar atrapada en un malentendido. Vivir en Chile y a la espera de poder volver al lado de Ignacio Wilmart, lo que antes era todo para mí, había pasado a ser nada.

—Lo añoro sin parar, ¿sabés? —le dije a Bruno mirándome los pies, las pantuflas desteñidas—, lo extraño al despertarme y al acostarme, y al soñar, y todo el día. Es como si lo llevara conmigo, como si lo tuviera incorporado en mi cuerpo. Todos los recuerdos buenos me resultan una ilusión, todos se han contaminado con la imagen del accidente, con la brutalidad del golpe, con la sangre que lo…

—¿Vas a seguir con ese estilo tan tuyo: «compro problemas, pago bien»? —Bruno me mostró una sonrisa triste—. Basta Julia, no te torturés más. No ganás nada —me lo dijo con dulzura y sin embargo me pareció distinguir una expresión despectiva y maligna en su rostro—. Estamos rodeados de muertos y no están los tiempos como para empecinarse con ningún muerto en particular.

No comprendí que sus palabras estaban anticipando el derrumbe que vendría. A mí me dolía el pelo, las uñas. Sentía la mirada humillada, sombría y me costaba entender las palabras de Bruno. Me costaba mantener la atención, la mente se me iba a otros sitios. Más bien, siempre al mismo sitio, al lugar del accidente, como si yo fuera otra persona, una Julia diferente, con una configuración mental desconocida y ajena.

Bruno me abrazó y me arrastró a la cama, una cama que era una cueva enmarañada, hecha un nido, un claustro forrado de mantas y almohadas entremezcladas, donde me introducía a veces para fingir recobrarme. Me hizo el amor una, dos, tres, más veces.

Lo dejé hacer, ni lo supe ni lo recordé nunca. Tener un cuerpo significa muchas cosas que yo había perdido.

Durante todos los momentos íntimos que había compartido con Ignacio había sido una mujer con una infalible brújula interior, tan a gusto con mi cuerpo, tan serena en mi desnudez. Y ahora me consumía en el vacío de cada instante que transcurría bajo el peso del cuerpo de Bruno.

Pensé que él gozaba como un insecto vigorosamente empeñado en su tarea de recreación. Gozaba con insolencia, con desenvoltura de su ceremonia solitaria y vulgar, de su frenesí sexual, del frenético ritmo de su pulso, ese ritmo conciso, directo, desnudo de aditamentos innecesarios para su sensibilidad.

Y yo sólo contemplaba cómo caían sobre mí con precisión, con precisa destreza, las puñaladas, una y otra vez. Y me quedé blanda, la mente en blanco, desmadejada entre sus brazos.

XVIII

Regresé a Argentina para encerrarme en las minúsculas dimensiones de una especie de patria portátil.

Durante mis primeras semanas en Buenos Aires dormí interminablemente. Las horas se arrastraban boqueando, como si escalaran una cuesta sin fin.

Ante el espejo: palidez extrema, ojeras profundas. Era una versión esquelética y primaria de mí misma, entré en ese estado de agotamiento posterior al alivio que sigue a una tensión prolongada.

Gasté mis ahorros en una sobrevivencia mínima, aislada de todos y de todo, como si conscientemente me hubiera sentado en el banco de una estación abandonada, para esperar un tren que no volvería a pasar nunca.

Comencé a soñar con el accidente. La imagen del cuerpo de Ignacio Wilmart ensangrentado, cobraba una importancia crucial en mis ensoñaciones. El taxi se desdibujaba, se diluía en una cámara lenta, y su velocidad y la dirección que tomaba eran un misterio que se instalaba en mi estado de inquietud. La violencia del golpe se repetía con una cadencia entrecortada, que me golpeaba a mí misma, sin que yo pudiera oponer ninguna resistencia. Mis sueños eran confusos, fríos, implacables, con imágenes repetidas hasta el infinito. La sensación de saber o no saber detalles convertía mi delirio en opresión; no haber visto el cuerpo de Ignacio, ni siquiera haber preguntado detalles sobre su muerte, era el eje persistente de mis tormentos.

A veces soñaba que estaba presente, que estaba en medio de la avenida Pueyrredón, casi en la esquina de Córdoba, y que intentaba retener a Ignacio, salvarlo del taxi que venía a toda velocidad. Un movimiento, una imagen, la reencarnación de una palabra lanzada justo a tiempo. Y me despertaba inhalando un aire tóxico, como respirando en el interior de una botella.

Muchas veces lo que se nos presenta como locura no es más que la soledad, pero una soledad monumental.

***

Cuando comenzó a notarse mi embarazo, mi figura se veía todavía muy frágil, era un espectro reciente, un espectro que vacilaba porque no se había convencido aún de serlo.

Al comienzo, quizá hasta la placidez de la espera me quedaría prohibida; no ya la esperanza de que ese hijo mío cambiara mi vida, sino la simple espera, el refugio último de los desdichados. Sabía muy bien que el padre del bebé no era Ignacio y vivía esa verdad como los condenados, los que sólo esperan sin esperanza a que llegue la noche y luego a que llegue el día y la noche otra vez, sólo para que cambie la luz, sólo para saber al menos qué les toca, si estar despiertos o seguir durmiendo.

Fueron meses largos, más largos que la vida de una roca.

XIX

Desde los balcones de la Casa Rosada, durante su discurso del Primero de Mayo de 1974, pronunciado ante una multitud que desbordaba la plaza, el general Perón, con su seducción envolvente y su irónica verborragia, volvió a declarar sin ambages su posición ideológica, su apoyo a las organizaciones sindicales, a los sectores tradicionales y conservadores, a la derecha del Movimiento Justicialista:

> *A través de estos veintiún años, las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon.*

Los gritos de las columnas de las Juventudes y de Montoneros comenzaron a oírse por encima del discurso de Perón: «No queremos carnaval, asamblea popular». En aquel balcón de la Casa Rosada, apareció Isabelita, esposa del presidente, y cuando Perón empezaba a censurar duramente a los grupos de izquierda, el griterío no lo dejó articular palabra: «No rompan más las bolas, Evita hubo una sola».

El general había exigido que las únicas insignias autorizadas en el acto fueran las de las organizaciones sindicales. Tras pasar las barreras policiales, todas las estructuras de la Tendencia Revolucionaria desplegaron sus pancartas escondidas y sus banderas, entonando cánticos y consignas críticas.

¡Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical!
Rucci traidor, saludos a Vandor.

Dale tu mano al indio, dale que te hará bien…
La guitarra americana peleando aprendió a cantar…

Es el tiempo del cobre mestizo, grito y fusil
Si no se abren las puertas el pueblo las ha de abrir.

El nacionalismo de derecha del peronismo replicaba:

Usted siembra rencor, yo esperanza.
Usted envidia de otros su bandera y yo, yo quiero a la mía azul y blanca.
Yo soy como el hornero y me retobo, mi patria es mi nido y lo defiendo.
En cambio ustedes son como los tordos que quieren empollar en nido ajeno...

Y otras voces volvían a alzarse:

Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan,
alcémonos todos al grito:
¡que viva La Internacional!
La tierra será el paraíso,
la patria de la Humanidad.

Aquel Día del Trabajador en Buenos Aires, el discurso de Perón marcó simbólicamente el punto de inflexión y no retorno en su vínculo con las organizaciones juveniles. No tanto por su contenido, sino porque provocó las interrupciones y el retiro masivo de las columnas de Montoneros y de la Juventud Peronista, quienes ocupaban casi la tercera parte de la plaza de Mayo, y el general Perón se quedó con quienes eligió quedarse: López Rega, la burocracia sindical y la derecha del Justicialismo.

Compañeros: hoy hace veintiún años que en este mismo balcón, y «en un día peronista», un día luminoso como el de hoy, en el Día del Trabajador de 1953, hablé por última vez a los trabajadores argentinos. Les recomendé que ajustasen sus organizaciones, porque venían días difíciles... No me equivoqué, ni en la apreciación de los días que vendrían, ni en la calidad de la organización sindical, que a través de veintiún años... pese a esos estúpidos que gritan...

¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa, general,
que está lleno de gorilas, el gobierno popular?
Los muchachos peronistas
todos unidos triunfaremos,
y como siempre daremos
un grito de corazón:
¡Viva Perón! ¡Viva Perón!

Decía que las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que lucharon durante más de veinte años...

¡Conformes, conformes, conformes, general,
conformes los gorilas, el pueblo va a luchar!
¡Si este no es el pueblo, el pueblo dónde está!
¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!

A Juan Domingo Perón, un estadista impecable en las peores coyunturas, mago en la conducción política de escenarios complejos, condecorado por el formidable atributo de su carisma, esta vez los acontecimientos se le fueron de las manos. ¿Dónde quedó su proverbial astucia? ¿Por qué se arriesgó a declarar enemigos a sus anteriores aliados? Se acabaron los placebos y esa enemistad le

pesaría como un abrigo de plomo. La izquierda de su Movimiento se retiró de la plaza, sin un glóbulo rojo de reserva en el ánimo de sus militantes, y aquella escena resultó inolvidable: ríos de banderas y desengaños inundaron las calles aledañas de la ciudad porteña. Un ejército de hormigas en marcha hacia la decepción.

El viejo líder confió en su innata facilidad para revertir imaginativamente las adversidades y especuló con la potencialidad gestual de sus celebraciones teatrales, sus brazos en alto, su camisa arremangada, el mito de una conducción insoslayable en asuntos de seguridad interna, en temas de unidad partidaria y manejo de la política económica. Pero aquel Primero de Mayo sobrestimó su capacidad. Si pretendió imponer su voluntad, no logró manipular la historia. Para la izquierda argentina ya era un cadáver político y los cadáveres políticos cuando hablan, ya no dicen nada.

***

Avanzó el invierno y llegó el mes de julio, el séptimo mes del año en el calendario gregoriano. El general Perón murió el primer día del mes de julio de 1974.

Durante tres días su cuerpo fue velado en la capilla de la quinta presidencial de Olivos, en la catedral Metropolitana y en el Congreso de la Nación. Pese a la emblemática soledad interna de su final, se había hecho acreedor de los máximos honores de su pueblo y cientos de miles de argentinos fueron a darle su último adiós.

Su esposa Isabelita, la vicepresidenta María Estela Martínez de Perón, asumió la primera magistratura rindiendo homenaje a su esposo: ese «verdadero apóstol de la paz y la no violencia». Su ministro de Bienestar Social, José López Rega, se puso al frente de la legión parapolicial de la Triple A y, a partir de ese momento, se agravó aún más la intimidación y el crimen contra las organizaciones armadas del peronismo y contra todo joven sospechoso. Sospechoso de ser de izquierda, sospechoso de ser joven.

Entrada la tarde de aquel día soleado, de aquel lunes 1 del mes de julio de 1974, día, mes y año en el que «los peronistas quedamos

solos, murió nuestro líder» (según rezó más de un periódicos al día siguiente), yo estaba sentada al borde de mi cama, miraba televisión y le daba de mamar a mi hijo Ignacio. Nacho, como lo llamé desde siempre, aún no había cumplido un mes de vida.

«Asumo esta extraordinaria responsabilidad, como trepada a un vagón de curso incierto», decía Isabel Martínez de Perón proyectando en la pantalla una imagen de desmedida indefensión. Recuerdo que abrazaba a mi bebé y observaba de cerca aquel aparato de televisión en blanco y negro, con la misma fascinada parálisis con que un conejo contempla la boca de una anaconda. ¿Cuánto tiempo más las tropas seguirían en sus cuarteles? ¿Cuándo llegaría definitivamente la hora de las espadas? Esta coyuntura política tenía algo de espectáculo y como comedia no podía tener mil actos.

Decidí por segunda o tercera vez, revisar mi escritorio, remover mi biblioteca. Los allanamientos eran cotidianos. Había que limpiar, tirar, quemar papeles, despojarme de más libros, eliminar cualquier prueba, cualquier sospecha. Ni yo sabía qué prueba, ni qué sospecha. Es que todo aquello pasaba en un tiempo en el que no era posible entender nada.

Nacho se durmió sobre mi falda. Acaricié sus manitas, la cabeza pequeña, su frente, su pelusa rubia clara.

—Sos el niño más bello que he conocido —le susurré mimosa—. Y eso que he visto muchos bebés y muchas guaguas. No vayas a creer que no… —él sonreía en medio del placer de su profundo sueño. Era la viva imagen de la paz y a veces me la contagiaba.

Lo único que yo quería era protegerlo, protegerlo de todo: del frío de aquel invierno, de la Triple A, de los militares, de mi tristeza y de mis miedos. Y sin embargo, vivía con la sensación de que éramos dos pequeños pájaros asustados que volábamos en un pedazo de cielo muy pequeño.

Lo acosté en su cuna y lo arropé. Luego comencé a revolver cajones. Afuera el clima reproducía el milagro de «un día peronista», un magnífico día de sol.

Rompí y tiré a la basura la única foto que me quedaba de Ignacio Wilmart, en la que yo aparecía junto a él, con mi camisa verde oliva

y un telón de banderas rojas a mi espalda, joven y feliz; era el día de la Victoria de 1970, en Chile. En la biblioteca, dentro de un libro de arte, aparecieron también las letras descoloridas de un panfleto impreso en mimeógrafo, la reproducción de unas cartas fechadas en octubre de 1965, donde el general Perón, desde su exilio en España, instruía a El Kadri, uno de los fundadores de las Juventudes y las Fuerzas Armadas Peronistas:

> *Es fundamental que nuestros jóvenes comprendan que es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la tarea fundamental de triunfar sobre los explotadores. La patria espera de los jóvenes una postura seria, firme y sin claudicaciones.*

¿Por qué tanta farsa, tanta confusión, tanta traición? La impunidad del mundo era inabarcable, tan antigua y larga y ancha que hasta cierto punto me daba lo mismo que se le añadiera un centímetro más y, sin embargo, esas palabras de Perón a El Kadri me dolieron hasta el hartazgo.

El principal enemigo de la izquierda del peronismo estaba en las cabezas de sus dirigentes, en su apoyo ciego e incondicional al general Perón, vivo o muerto. Un líder que ellos suponían por encima de las partes, cuando ya se había puesto hacía mucho tiempo inequívocamente a la cabeza de la fracción contraria.

Me extendí en el suelo y cerré los ojos. Mi mano izquierda encontró la madera de vaivén y mecí lentamente la cuna. Tenía el vientre todavía ensanchado, todo mi cuerpo guardaba aún el recuerdo del parto.

Mi espalda se distendió y me sumergí en una sensación entre placentera y amarga. Imaginé que me cubrían unas aguas mugrientas, a veces estancadas, a veces arremolinadas, aguas que cargaban trozos de páginas escritas, tapas de libros destripados, un puzzle desordenado de papeles picados, todo lo que había desterrado de los

estantes de mi biblioteca, de los cajones de mi escritorio: los archivos de mi propia vida.

Todo volvía y volvía como un mantra que el país entero no se cansaba de repetir. ¿Cuántos otros conejos oportunistas sacaría el peronismo de su galera? ¿Cuántos militantes honestos y comprometidos serían declarados descartables, usados y después tirados por la ventana?

Para mí era impensable visualizar el futuro con alguna transparencia, ver la patria surcada por algún río calmo. De allí en más la arrastrarían las corrientes turbias y tumultuosas. Recordé que cuando niña, los brillos nocturnos que espejeaban en las aguas del riachuelo me daban miedo, me parecía que todo un mundo de brujas vivía en el fondo de las aguas. Después de tantos años volvía a sentir lo mismo. La mía y la de mi país era una historia conjurada, suprimida e invocada a la vez; suprimida como arrepentimiento, invocada como una suerte de presente fantasmal.

Nacho se despertó contento, jugué con él, le canté una de esas canciones que me cantaba mi abuela, le cambié el pañal, le mudé la ropa. Todo sucedía en mi dormitorio, en el de Nacho, al lado de la mesada donde me servía un café o me hacía una tortilla, y junto al escritorio donde a ratos hacía traducciones no oficiales o correcciones editoriales de estilo y subsistencia. En ese espacio tenía todo lo que había en mi vida y todo lo que amaba y necesitaba.

***

Dos meses más tarde, en septiembre de 1974, la conducción de Montoneros pasó en forma íntegra a la clandestinidad, dejando automáticamente en riesgo a todas sus estructuras de superficie y miles de militantes quedaron a la deriva. Un año después, el 8 de septiembre de 1975, la organización fue oficialmente declarada ilegal.

La matanza fue indiscriminada.

XX

Cada época fabrica sus propias leyendas y lealtades. Para mí también fue así. Podía encontrar conexiones, tramas o paralelismos entre una vida y otra, y esa suerte de doble vínculo me protegió de los recuerdos verdaderos; conseguí atraparlos, hundirlos y sepultarlos en las aguas borrosas de mi memoria. Intuí que tarde o temprano iba a responder a la lógica demoníaca de una divinidad que delira y que esa sería mi forma de fundar el olvido.

Me reinventé.

Pasaron varios años hasta que conseguí abandonar Buenos Aires. Fui con mi hijo a recorrer la verdadera patria grande: todos los milagros de América Latina se abrieron ante mí; vi alucinada la explosión de sus fuegos de artificios y los gocé junto a Nacho. Otra Agencia Internacional reconoció mi experiencia de trabajo en Chile y me contrató para desarrollar proyectos similares en otros países. Nuevamente, me cautivó la voluntad de ir hacia algún lado sin pensar en el regreso ni en las consecuencias.

Los años desquiciados fueron pasando, dejando atrás algunas desventuras, las más incómodas, las más rutinarias. Viví con Nacho en Lima, Quito, Panamá, Tegucigalpa, Guatemala y, sobre todo, en San José de Costa Rica, desde donde me sumé febrilmente al apoyo de la insurrección nicaragüense, otra cara de la misma rebeldía del sur, pero más rica, virginal, menos contradictoria e infinitamente más destructiva. Allí las cuestiones privadas no podían usarse para sufrir porque no tenían lugar en la urgencia de las revueltas. Y dejé

de pensar en enigmas y acertijos; ya no más resoluciones de adivinanzas, ni misterios o desafíos secretos compartidos con Ignacio.

Al comienzo, traté sin mayor suerte de cicatrizar las heridas. Era una ermitaña de esas que gritan sus visiones bajo las lluvias del trópico. La patria quedó lejos. Argentina: carne y fútbol, tango y mate y, sobre todo, una historia política absurda, desgarradora, una trayectoria afectiva de kamikaze, incomprensible.

Pero los recuerdos no tienen orden. A veces llegaban para distraerme de lo que quería pensar o hacer y como una bomba estallaban en mi cabeza o en mi estómago, hasta que esas evocaciones inesperadas comenzaron a importarme poco. La vida también está llena de prodigios, y más de una vez se me representaba la cara irónica y risueña de Ignacio, imitando a Gardel, y yo también recitaba esos versos de Luis César Amadori:

Por eso, viejo rencor
dejame vivir por lo que sufrí…
No ves que no puedo más
dejame vivir por lo que sufrí…

Me conformé con la incertidumbre de la memoria. Intenté borrar imágenes inolvidables de ciertos acontecimientos para convencerme de que nunca los había vivido, induje remolinos de agua alrededor mío para justificar cada acto, sin miedo a que esas mismas aguas terminaran por ahogarme. Muchas veces soñaba con una ciudad abandonada donde vagaban los recuerdos perdidos; parecían prófugos que intempestivamente escapaban de un enloquecido universo paralelo y se presentaban desnudos ante mí.

Como la *Madame Bovary* de Flaubert, me sentí con el poder de concebirme nueva y crear para mí misma una personalidad imaginaria, capaz de escapar del criterio de realidad que me imponía la vida. Una vida tenaz.

Buscaba cambiar mi pasado, convertirme en otra. Y dediqué cientos de días a recorrer sitios arcaicos, pueblos coloniales, campos arrasados, páramos. Luces y sombras, montañas, llanuras, selvas,

ríos, ciudades, aldeas. Vi multitudes rurales hambrientas clamando a dudosos dioses que rodeaban las ciudades de una modernidad plural, impura y descaradamente antidogmática. Pasé horas y horas subiendo y bajando de aviones, trenes, buses, automóviles, desayunando yuca y camote en comunidades paupérrimas y cenando en lujosos palacios de Gobierno, y al volver a mi casa me abrazaba a Nacho como al tronco del árbol de la vida.

Lo demás, era respirar dentro de una pecera vacía. Los prisioneros mejor custodiados del mundo pueden escaparse, pero ninguna evasión es posible cuando la celda es tu propia mente.

Afortunadamente, mi trabajo consistía en sistematizarlo todo, y me dedicaba a eso, tanto en mi vida posible como en mi vida de ficción. Al final lo logré: el tiempo me ayudó a salvaguardar algunas ilusiones. Mi cuerpo siempre había sido un medio de expresión y lentamente comenzó a interpelarme, el deseo sexual me desordenaba, irrumpía en cualquier lugar, en cualquier situación. Estaba harta de las sábanas frías y no tardé en comprender que era mejor perderse libremente en los trenes sin hacer preguntas, recorrer los andenes de una nueva existencia sin nombrar la historia, sin mencionar mis pasos anteriores. Y el amor, de a poco, muy de a poco, volvió, como si fuera una materia densa que me cubría y me empastaba la piel, que permitía el ansia, que conseguía aislar el pasado y escapar de la verdad.

Me enamoré de un ruso perdido en territorio latinoamericano por la mística y misteriosa música de su idioma (todo en él era pasional y extremo). Luego, de un legendario político panameño, más tarde de un pianista cubano. La historia amorosa más larga fue con un periodista venezolano, y la más fugaz pero deslumbrante, con un torero limeño.

La vida de Nacho se pobló de tíos cariñosos, a cuyas compañías le costaba renunciar. Muchas veces se rebeló, se entristeció, me cuestionó, hasta que terminó adaptándose, aceptándome. Le dije la verdad sobre su padre desde siempre, desde que era muy pequeño y cada vez que lo preguntaba. Él quería conocer a Bruno y nunca consiguió renunciar a esa ilusión. Mientras tanto, mi cabeza borraba

nombres, lugares y episodios, y mi cuerpo adoptaba el sano impulso de volver a la orilla y emerger del pozo de mugre en el que había estado ahogándose.

Al principio, salía de los estadios amorosos como quien ha pasado demasiado tiempo mirando la luz de una lámpara. Me levantaba con una rara sensación de lucidez, tal vez fuera una dolencia, tal vez una sensación de extravío por los permanentes cambios de sitio en sitio, de amante en amante.

A medida que aumentaban mis conquistas, algunas de ellas verdaderos logros pasionales y afectivos, de buena intimidad y pulsión sexual, sentía crecer en mí una necesidad de sometimiento al otro, como si estuviera a la espera de una inminente humillación y, en la medida que no ocurría, que la ofensa no llegaba, perdía el interés en la relación.

Durante años y años, durante décadas, eché de menos las caídas al vacío a las que me arrastraba Ignacio. Y nunca nada fue tan intenso, tan peligroso, tan elocuente, tan mudable como esos años en que lo tuve cerca.

XXI

Antes de mi reinvención, mucho antes de dejar la Argentina y recorrer Latinoamérica y otros mundos, me encontré nuevamente con Bruno.

Fue en Buenos Aires. Estuve con él una noche en el Café de Los Angelitos, en Rivadavia y Rincón.

Era la caída de un atardecer caluroso y húmedo, de luz tenue, en los finales del año 1978. Era el cierre de una de esas jornadas estivales extenuantes del mes de diciembre en la ciudad porteña, vísperas de una Navidad amarga: la Navidad de los preparativos de una guerra que no llegó a nada, la guerra del Beagle, la del conflicto entre Chile y Argentina.

Por aquel tiempo se vivían tiempos de escasa lucidez, días casi terminales en los que ni siquiera quedaban fuerzas para echarse a reír o a llorar. Para muchos argentinos la vida era una causa perdida y a otros les costaba mucho sobrellevar sus desilusiones.

Aquel Bruno tenía una apariencia descuidada, ridícula. Se había abrochado mal el chaleco de hilo, el primer botón en el segundo ojal. En el fondo de sus ojos claros zigzagueaba una pequeña víbora. Tenía una idea fija, estaba obsesionado con la sensación de que su sangre había dejado de circular por sus venas, y hacía un tremendo esfuerzo para que su lengua, seca y áspera, como la de una iguana, se dignara a hablar.

Lo guié hasta la casa de un compañero uruguayo que vivía a pocas cuadras del bar porque ambos se alojarían allí y saldrían al día siguiente hacia Venezuela. Bruno había escapado a la capital desde

un pueblo de provincia para buscar ayuda, lo perseguían, no tenía más alternativas que salir del país. Lo vi caminar inseguro por la calle Rincón, en la penumbra de aquella noche de verano, buscando las sombras, sudoroso y desorientado. Las luces inseguras del alumbrado público iluminaban apenas las veredas llenas de baches y desperdicios. Bruno iba despacio, tropezando en los huecos del asfalto, ya no estaba gobernado por la desmesura y había perdido en parte su estilo parasitario. Su apariencia era simplemente desgraciada.

Todo lo que se vivía en aquellos años empezaba y terminaba en la idea del exilio, pasando por el miedo cotidiano a la tortura o a la muerte. Muchos militantes seguían siendo solidarios y generosos, pero no llegaba a oxigenarlos el aire, sino el pánico. El significado de la palabra terror era la marca de los tiempos.

A la mañana siguiente, le llevé a Bruno una documentación y un contacto en la Dirección de Migraciones, ya ni recuerdo cómo lo hice, dónde fui a buscar los papeles, ni quién me los entregó. Muy temprano volví a mi pieza, tenía que buscar a Nacho que estaba al cuidado de una vecina, dejarlo en la guardería, y luego llegar a tiempo al trabajo. Estaba de oficial contable en una oficina miserable, donde cobraba un sueldo todavía más miserable.

Aunque me cueste, y me cuesta mucho, quiero recuperar algunos recuerdos de aquellos años oscuros porque creo que explican muchas cosas de la realidad y de la ficción, en la que actualmente vivo y sobre la que escribo. Algunos pormenores que me acuerdo, algunos datos de algunos días que eran iguales a otros, pero de los que guardo detalles.

La vida es maravillosa y a veces te da tregua, pero otras veces se olvida de dártelas. Por aquella época, todos sabíamos que lo mejor era reducir la existencia al mínimo y no hacer nada, no saber nada, no decir nada, mirar sin ver, escuchar sin oír, sin comprender. Una forma de estar en cualquier lugar sin estarlo. Pero yo vivía en medio de una constante imaginaria, a ráfagas, como un viento de agosto frente al mar.

Era un caos de fiebres, energías, deseos, resentimientos y necesidad. Y, sin embargo, es sorprendente recordar qué decididos eran

mis esfuerzos para llevar adelante mi vida y la de Nacho. Una vida mala, como la de casi todo el mundo, aunque hubiera enclaves donde parecía quedar cierto orden, donde la gente pensaba o hablaba como si nada hubiera cambiado, como si no existiera la dureza de ese mutismo colectivo y desquiciado. A veces resultaba una situación cómica, a veces incluso me reía de esa realidad tan absurda. No era una risa sana, era como un grito contenido de burla. La gente cree siempre que tiene derecho a una vida normal, es lógico, pero por aquellos días simplemente nada era lógico.

Me costaba mucho conservar un empleo y mantener a mi hijo. Estaba marcada por la dictadura argentina, era una marginada de la profesión, me cuidaba muy bien de no decir nunca dónde vivía, estaba alejada de mi familia y de las miserias de todo el mundo. Estaba harta de los reproches telefónicos de mi madre, la ausencia de mi padre, las agresiones de mi hermano, aislada de los perseguidos, incomunicada con los exiliados. No había calma ni para el duelo.

Mientras todo parecía desintegrarse, mientras se desataban las cacerías humanas a cargo de soldados, policías, funcionarios, delatores y otras hienas, mientras el general Videla lanzaba sus amenazas rutinarias en discursos oscuros, con la mezquindad asesina que alojaba su voz militar, yo seguía viviendo. Me adaptaba a mi vida de paria apestada, tragando fango, como si no estuviera ocurriendo nada fundamental. No era verdad, pero bien se sabe que podemos acostumbrarnos a cualquier cosa. En el fondo eso es lo más terrible, nada termina molestando, todo se acepta. Creemos que sería insoportable: es insoportable, pero lo soportamos. Esto sin duda es un lugar común, pero quizá haya sido necesario haber vivido en Argentina a fines de los años setenta y a comienzos de los ochenta para poder entenderlo.

Miré mi reloj después de hablar unas palabras con la maestra de Nacho y abrazar fuerte a mi hijo, en la entrada del aula, y me alarmé. Tenía que llegar a la oficina rápido y estaba atrasadísima. Me castañeaban los dientes, bajé las escaleras corriendo mientras me iba desprendiendo del *sweater* liviano, acomodándome el bolso sobre el hombro, rápido, más rápido. El calor apremiaba. En la calle

apresuré aún más el paso hasta la entrada del subte, escuchaba a ratos las sirenas policiales y el creciente rumor altivo de las calles céntricas de la ciudad.

Mis días eran días malgastados. El paso del tiempo para mí y para todos era como una ley estricta e inalterable, un paso largo, interminable, preestablecido minuto tras minuto, sin salida, salvo el lento transcurrir de un instante tras otro. Ese tipo de existencia preservaba mejor una libertad básica, la libertad de respirar. Vivir dentro de una caja cerrada, era la vida que cada uno elegía después de decidir permanecer en el mundo y no marchar tras los espectros. Reanudar todas las mañanas la fatiga enorme de existir, como si no pasara nada, nada irreparable.

Y pensar que ahora, en retrospectiva, todo resulta tan obvio, hasta banal.

Todavía recuerdo que aquel día tuve la suerte de conseguir un asiento en el tren subterráneo. Busqué en mi bolso y saqué mi libreta de anotaciones, mis lentes y mi lápiz, como si quisiera fijar una experiencia frágil que la distracción iba rápidamente a borrar, y en ese momento caí en la cuenta de que había olvidado lo que quería apuntar. Era consciente de que vivía en dos mundos, y en uno de ellos debía aparentar que nada sucedía.

Las cosas no pasaban como pasan en todas partes, como en un lunes a bordo de un puntual tren interurbano. Cada uno se pasaba la vida haciendo cosas de las que no quedaría nada, mientras que el acto común de ponerse los zapatos parecía un hecho mágico.

Me sentía sentada en el infierno a la espera de algo. Para mí se había acabado el tiempo que consolida y prolonga y a la vez pudre y arruina. Se había acabado y, sin embargo, intentaba que de ningún modo se notara. La combinación de lo amenazador con la atmósfera de asedio y genocidio, pese a ser cotidiana y frecuente, se transformaba en una mezcla explosiva. Vivía con un sentimiento tácito de irrealidad e incomunicación, con la sensación permanente de que la tierra se disolvía bajo mis pies, como un espasmo discontinuo.

En esos momentos pensaba en descifrar el acertijo que me había confiado Ignacio. Le habría prometido hacerlo por mis propios

medios, y nada ni nadie iban a ayudarme. En lo más íntimo sentía que si lo lograba, era como resucitar al hombre que seguía amando. Él volvería a mí, sería el hombre nuevo, el mundo feliz para siempre. Él me lo había prometido, y me había dicho que iba a cumplirlo. Ignacio estaba muerto, pero la incógnita de sus enigmas sobrevivía y yo junto con ella:

Acordate bien: desnuda y vestida a la vez,
llorando y riendo a la vez,
a pie y cabalgando a un mismo tiempo…

El día anterior había visto en una vitrina un vestido que me gustó y pensé que podía comprármelo, que me sentaría bien; entré a la tienda y nada más tocarlo lo tuve que soltar. Tocar su textura sedosa me dio náuseas.

Intentaba conseguir noticias, como todos, aunque fueran inexactas. Con un incesante desplazamiento por la ciudad, y para no transformarse en repugnantes lectores de noticias fecales, mucha gente conseguía aislar algunos residuos de verdad, lo rescatable del rumor, y a veces me lo comunicaban. Los argentinos éramos como esos perros que se congregan en los baldíos, pero nunca por mucho rato, y así pasaban los días y los meses y los años y todos nos acostumbrábamos a vivir con esos huecos, olfateando la realidad, buscando algo de exactitud en los datos sobre desapariciones, delaciones o exilios. Se hablaba con metáforas, como si vivir en la calle afectara el lenguaje y nos condujera a todos hacia la alegoría. La publicidad seguía instando a gastar y utilizar y consumir y desechar. Se fomentaban los narcotizadores inocuos como el ultranacionalismo folklórico y los grandes espectáculos de fútbol. Se creaban fantasmas y era casi obligatorio creer en ellos.

Iba discurriendo sobre estas cosas mientras entraba al ascensor de la empresa en la que trabajaba. Segundos después, salía atropellando gente en el quinto piso. A veces, las nostalgias resurgían con fuerza. La imagen de Ignacio y mi relación con él se me aparecían

en chispazos. Muchas veces mi gesto reverberaba un recuerdo tras otro, y otro, y otro, en una cadena interminable.

Llegué tarde a la puerta abierta de la oficina y me enfrenté con la nueva gerente, una muchacha joven y arrogante, incompetente y tóxica, casada con un teniente coronel. Me hizo pasar un mal rato y me dolió. Le sonreí con una luminosidad extrema y las venas rellenas de hielo.

Lo que me dolía, me dolía mucho, era no tener a quien contarle mis penas. No eran fáciles de contar. Tal vez tendría que haberme sincerado con Bruno la noche anterior, haberle descrito mi desazón, hablarle de Nacho, decirle de frentón que tenía un hijo suyo.

No fui capaz. Ese pobre ya tenía suficientes dificultades con su propia carga de persecución y tal vez de desamor. Me había hablado muy al pasar de una compañera y de una niña muy chica, las dos también fondeadas. No podía hundirlo aún más en el dominio de lo improbable, de lo inseguro, de la transitoriedad.

Bien lo dice el proverbio chino: «Tienes que tragarte el diente caído sin escupir la sangre».

Me concentré en las planillas. A veces, esas listas de números me permitían aceptar el transcurrir de las horas manteniendo a raya legiones de sombras hostiles en forma de conjeturas venenosas, de ficciones culpables, de remordimientos sin compasión e invenciones que alimentaban el suplicio con que me mortificaba a diario, como una destrucción sorda, subterránea.

Me aferraba a cualquier cosa que pudiera apartarme de la espiral de sueños irrealizables que solía envolverme. Hacía todo lo que podía por concentrarme, por mantener la mirada fija en los papeles, pero al poco rato comenzaba a distraerme. En aquella oficina se respiraba un aire anestesiante, de olvido y confusión.

El verdadero tiempo se movía muy despacio y yo no podía dejar de sentir envidia por muchos de los que me rodeaban. Sobre todo por aquellos que en cualquier lugar ostentaban la actitud de estoy-aquí-porque-me-da-la-gana. Era algo muy inconsistente, porque en el fondo yo también participaba en el juego de la complicidad, como todos.

—Estoy cansada, can-sa-da —le dije a mi colega de oficina, en el más tenue de los murmullos, con una expresión entre risueña y afligida, con un tono cómplice, profundo; como un médium que abre la boca y vuelve a cerrarla sólo cuando se lo dicta el espectro que habla por él.

Las mesas-escritorios eran grises, de metal, una frente a la otra. A un costado estaban los archivadores, también grises, también de metal.

Ella no me respondió. No era de las que se ofendían y ponían cara de vinagre, no. Era de las que vivían la vida a través de los otros. Insinuó una sonrisa leve, entre cordial y antipática. No me resultó desagradable ni siquiera en ese contexto oscuro. Pensé que pronto alguna noche, esa mujer se iba a desplomar, se iba a venir abajo como un árbol seco.

Lo mío ni siquiera era cinismo. Todo era una farsa. Un culto oscuro. No hay nada más sucio que sentirse digno de lástima. Mi interpretación de mí misma era tan carente de artificios que apenas podía llamarse actuación. No era una creación oportuna porque nada en esa oficina tenía existencia propia. Era como permanecer frente al espejo retocando mi maquillaje mientras el techo se desmoronaba y se me caía encima, era escupir contra un huracán. A veces me asaltaban las ganas de demostrarle a todo el mundo que estaba en la vida de mala gana y lo hacía con una lucidez insomne.

En aquel momento decidí que el foco de la escena siguiera centrado en mis propios ojos mirando silenciosamente las planillas. Los ojos, esa parte de mi cuerpo, sólo dos puntos de mi cuerpo, podían acumular toda mi desesperación.

Y al rato escuchaba: *Vestida y desnuda a la vez, llorando y riendo*... un imposible. Y me concentraba en el acertijo que me había confiado Ignacio y que yo había jurado no buscar solución en ninguna parte, sólo dentro de mí.

Si Ignacio hubiera estado vivo me habría repetido, una y diez veces: «Compañera: cuando las víctimas de la exclusión no se rebelan a tiempo, tienden a comportarse como sus victimarios dicen que se comportan». Me habría dicho esa frase tan suya en voz alta,

con su tono furioso y los ojos desorbitados, como los de un animal a punto de saltar. Y yo hubiera recibido pasivamente su gesto de incomprensión, de desaprobación, de disgusto. Hubiera bajado la cabeza con una sonrisa y una disculpa, porque siempre me culpaba a mí misma de cosas así. De cosas así también se muere.

Pero qué importa, tampoco importaba en esos momentos, ya nada importaba. El tiempo vuelve trivial hasta el propio destino.

XXII

—Aló viejita linda ¿cómo estás?

—Bien Nacho ¿y vos?

—Pasé por casa y no te encontré clavada en tu escritorio, con las siete tachuelas de siempre, y entonces te llamé.

—Estoy con Manuel, estamos terminando lo de la traducción.

—Ah, ¡qué bueno! Mándale saludos a ese amigazo. Te cuento que estuve tomando un café con Gonzalo, y me explicó lo de su proyecto en el Costanera Center. Está *heavy* el asunto. Y él feliz. ¡Muy buena onda este Gonzalo!

—Vos y Manuel siempre dicen lo mismo de Gonzalo, ¿se ponen de acuerdo? —le hice un guiño a mi amigo que me miraba sin entender.

—¡Ja!

—Lo que me pasa es que me da un poco de envidia que tengas tiempo para Gonzalo y no para mí.

—Estás muy loca, viejita. Justamente iba a decirte que esta noche tengo tiempo. Dale, te invito a alguno de esos boliches que te gustan y comemos rico. ¿Te parece? Así dejás un poco el laburo y tu novelón sobre el pasado.

—Genial. Dale. En un poco más de una hora estoy en casa. Más besos.

Apagué el celular y lo dejé sobre la mesa. Pensé en el brillo infantil de los ojos de Nacho. Sus ojos verdes y esa sonrisa que no le cabe en la boca siempre me mostraban una concordancia pura, sosegada. Su cara delgada y pálida, como la de quien pasea bajo la luna,

y su cuerpo juvenil, alto, flaco, algo desgarbado. No pude disimular una sonrisa de complacencia, de primitivo orgullo materno.

—Ya ves, hoy no tienes que preguntarme por Nacho ni por Gonzalo. Los dos están muy bien. Vamos a lo nuestro.

Estábamos en el Café Tavelli de Providencia, en la vereda de Andrés de Fuenzalida. Era pleno invierno, mediados de julio, y sin embargo, era una tarde en que la primavera parecía adelantarse, anticipar su esplendor. El verde terminaba de marchitarse para renacer otra vez.

Manuel me miró satisfecho.

—Me he preguntado muchas veces por qué tú tienes tan pocas amigas, Julia. Parece que siempre has estado más bien rodeada de hombres.

—No, Manuel. No tuve hermanas, pero sí tuve y tengo muchas amigas, buenas y muy queridas. Sólo que a ti nunca te las voy a presentar.

—Lógico, pobres chiquillas. Yo en cambio te he presentado a muchos de mis amigos y casi todos han terminado enamorándose de ti.

—Mejor no recordar a esos lachos.

Barrí el aire con la mano como espantando un insecto o descartando algo desprovisto de importancia.

—Vamos a laburar —le dije. Mi poca delicadeza sonó odiosa, casi triunfal.

Logramos terminar las correcciones y algunos acuerdos sobre la presentación de la traducción. Manuel contraatacó:

—Y dime, Julia: ¿sigues encontrando materiales para tus sueños narrativos entre los desechos de nuestra vieja civilización?

—Sí, ya sabes que sí.

Le comenté algunos avances de mi historia, le pregunté por sus escritos, intenté consultarle sobre algunos criterios de estilo, comentarle algo sobre lo que estaba leyendo. Pero era evidente que esta vez Manuel no quería hablar de literatura. No había respuestas sentidas, más bien una vaga alusión a cada tema. Hablaba con

bloques de palabras, frases cortas, epigramáticas, como si estuviera escribiendo grafitis en las paredes. Era extraño en él.

Las tazas de ambos estaban vacías y el pastel de arándanos desfallecía en el plato de Manuel. Eso también era extraño.

Noté que había algo desmesurado en su gesto. Tal vez, algo demasiado transparente, una manera de poner toda su desorientación en la cara.

Removí con la cucharita dudas y certezas en la taza vacía y titubeé entre pedir otro café o despedirme; declarar finalizado ese encuentro lacónico y dar una vuelta por las librerías, antes de volver a mi casa para salir con Nacho. Todavía me quedaba algo de tiempo.

Manuel había despegado los ojos del plato intocado y sus dedos apretaban con fuerza la servilleta. Estaba tenso y me miraba. Percibí otra vez en él la antigua sombra de su orfandad, y no supe si el desamparo estaba en sus ojos o en la boca o en su vida entera. Tomé sus manos, las apreté, tiré de ellas, las posé sobre la mesa, las acaricié despacio y le sonreí. Tal vez Manuel estuviera necesitando mi cariño.

—Bruno está en Chile —me dijo.

—¿Qué decís? —inspiré y después contuve el aire unos segundos antes de soltarlo. Me deshice lentamente de las manos de Manuel y levanté la cabeza como si me hubieran clavado una aguja en el cuello.

—Digo que el padre de tu hijo está en Chile, que vive en Iquique, que vino desde Argentina contratado por no sé qué empresa, hace años. Eso digo —se miró las manos.

—Pero, Manuel…

En apenas un instante, un hecho accidental y unas pocas frases imprevistas fueron capaces de poner en jaque la arquitectura precaria que me sostenía.

—Eso pasa. Ya te lo dije. —Ahora Manuel parecía exhausto, como si hubiera realizado un enorme esfuerzo físico.

Con un gesto apenas controlado aparté la taza de café y guardé el celular en mi bolso.

—Tengo sus datos, dirección, teléfono y correo electrónico. ¿Vas a querer ver a Bruno? ¿Sí o no?

Reiteré el ademán de apartar la taza. Mis ojos quizá sólo veían al fantasma.

—Tu "tres B" está cerca, localizable, y viaja a Santiago muy seguido.

Alcé la cara como si mirase el cielo o los árboles, pero me vi a mí misma en medio de la abstracción, del sinsentido.

—Tenía que decírtelo, Julia. Hace rato.

Seguí con ojos helados fijos en el espacio de la nada, como si todo en aquella vereda de Providencia reflejara mi desequilibrio interior o una visión azarosa y apocalíptica de la vida.

—Se contactó conmigo por pura casualidad. Al principio no caché...

Manuel siguió hablando y yo no lo oí.

Encarar a Bruno después de tantos años me daba miedo. No saber a qué atenerme, no saber si me inspiraría ternura o repulsa, o la ilusión de que surgiera algo que nunca existió entre nosotros. Tal vez una mayor atracción, pero nunca un enamoramiento, era obvio.

Pero estaba Nacho y él sí quería conocer a su padre. Quería encontrarse con Bruno y hablar muchas cosas, desde niño siempre lo dijo. Quería saber cómo era ese señor BBB que alguna vez vivió con su madre, quería saberlo todo pero en forma directa, sin pasar por el tamiz de mis descripciones o confidencias.

Y yo nunca había hecho nada por buscar a Bruno Binelli Burgos, por saber algo de su vida. Lo había borrado de mi existencia, había sido muy consciente de eso, y lo peor es que lo había hecho por mezquindad, por egoísmo. ¿Y ahora? Ahora tenía que volver a casa y salir a comer con Nacho y decírselo. Decirle a mi hijo todo lo que me estaba diciendo Manuel a mí. Y, por último, Nacho tenía que conocer a su padre. ¡Tenía el derecho de conocerlo! Un derecho que yo le había negado.

—Manuel, me importa un carajo lo que te enteraste o lo que te dijeron, ¿sabés? Porque yo ya abrí de par en par las puertas de mi propio Ministerium für Staatssicherheit. ¿Entendés?

Mi amigo no entendía. Me miraba en silencio, calibraba mi furia sin atreverse a hacer preguntas.

—Ya no más recuerdos trizados, ni expedientes por reconstituir. Bueno, decime cómo encontrarlo y tengo que ver qué hago… —por momentos, no sabía si estaba escribiendo o hablando—. Tal vez, por Nacho. ¿Entendés? Tal vez sea por Nacho.

Manuel seguía mirándome absorto y sospeché que se culpaba. Tal vez sentía que me había hecho daño. Estaba pálido.

—No te hagas más rollos, Manu. Estoy bien, no te preocupes. Voy a quedarme acá un rato más. Esta vez invito yo.

Le llevó un tiempo atinar. Con su peor cara de pánfilo guardó la billetera que había quedado en su mano, a medio camino entre el bolsillo interior de su chaqueta y la mesa del bar. Se levantó, me acarició el pelo y me dio un beso.

Siempre fingía mal y trató de parecer inconmovible. Sin pronunciar ni una palabra más, dio media vuelta y se marchó. Se fue dando un par de pasos ligeros y luego siguió a su ritmo, casi tambaleándose. Manuel seguiría siempre igual, pensé con un vago desprecio, nunca habría un cambio decisivo en su vida. No sabía si lo estaba describiendo a él o a mí.

Sentí el estómago revuelto.

XXIII

Llegué al café de la plaza Mulato Gil protegiendo de la lluvia un pequeño *attaché* negro como si en él estuviera escondiendo todos los secretos de mi vida. Lo puse sobre una mesa, la más cercana al ventanal, me saqué el impermeable mojado, lo colgué con prolijidad del respaldo de la silla y me senté. En ese momento vi entrar a un hombre canoso, de mirada triste e indecisa, todavía apuesto, más corpulento y más viejo que lo que esperaba.

Era él, era Bruno Binelli Burgos. No hay historias sin puntos ciegos ni contradicciones ni sombras ni fallos, pensé, lo mismo las reales que las inventadas.

Pese al tiempo transcurrido pude reconocerlo de inmediato. Lo observé, fue una ojeada rápida, de arriba a abajo y me bastó para buscarle la mirada. Parpadeé, me estiré el pelo hacia atrás, flexioné los brazos, me incomodaban las manos y las apoyé abiertas sobre el cuero del maletín. Luego pude mirar al hombre de frente a los ojos, sin parpadear. Insinué una sonrisa. Cuando él alzó los ojos, vi que los tenía llenos de extravío.

Algo en mí obedecía tan sólo a la prisa por verbalizar todo hasta el final. Una vez que se decide que las cosas no palidezcan ni floten, que no se diluyan ni se mueran calladas, entonces se hace arduo y casi imposible esperar. Pero habían pasado demasiados años.

Bruno titubeó, luego su cuerpo avanzó entre las mesas, muy poco decidido, y se sentó frente a mí. Se me antojó que me miraba como diciendo: «Este mal trago no es mío, ¿por qué estoy aquí?... que cada cual beba el suyo».

Apenas nos separaba una madera pulida que rozaba con el marco amplio de la ventana. Nos iluminaba una lámpara antigua, que colgaba desde un techo muy alto. Afuera, desde el cielo, comenzó a caer un agua gruesa y lenta.

Sobre la mesa, hacia un costado, pronto habría dos tazas de café, primero llenas, después vacías, pero el maletín seguía sin abrirse, las palabas sin pronunciarse.

Era un atardecer gris de finales de agosto.

Yo no era ni la sombra de la joven que Bruno recordaba. No me parecía a la muchacha inhibida, pero deslumbrante y dadivosa, que él había conocido en Santiago en 1971, y que había visto taciturna y ausente por última vez en Buenos Aires, en diciembre de 1978. Esa última vez había sido en vísperas de la Navidad amarga de ese año, la de los preparativos de la guerra del Beagle, la del conflicto entre Chile y Argentina.

En aquel diciembre siniestro del año 78, Nacho, Ignacio, mi hijo, el hijo de los dos, tenía cuatro años y medio, pero entonces se lo oculté a Bruno. Él sólo había ido a Buenos Aires para pedir ayuda, necesitaba salir del país con su compañera y su hija chilenas. Fue un encuentro semiclandestino, marcado por la locura de la persecución. No había habido espacio para hablar de Nacho, no había tiempo para confesiones, ni para culpas ni resentimientos. Y después, nunca quise buscarlo, no encontré motivos, fui muy poco generosa con Nacho, quise a mi hijo para mí sola.

—¿Otro café? —balbuceó Bruno. Tuve la impresión de que desaparecía la gente del pequeño bar, que enmudecían los ruidos de la calle. En aquel bar de la calle Lastarria pasaba el tiempo. Un tiempo largo, torpe, como febril, hasta que por fin me animé a hablar:

—Aquí están algunas fotos de tu hijo y unos documentos viejos.

Pronuncié cada palabra lentamente y sin dejar de mirar a los ojos a ese hombre ya casi desconocido, bajando cada vez más la voz. El agua comenzó a golpear con fuerza contra la ventana. Los dos miramos la calle desierta.

Su expresión fue de desconcierto. Sus ojos se estrecharon hasta reducirse a dos ranuras, por las que sólo asomaba una pincelada

verde opaca. Bruno extendió la palma de la mano hacia mí, en un gesto que en él significaba: «Esperá». Sonrió con su enorme boca infantil.

—Sólo quería que vieras algunas —insistí, alejé las manos del maletín y las hundí en el tejido de los bolsillos del *sweater*.

En ese momento comenzó a incomodarme la presencia de Bruno, el bar y la lluvia. Lo noté abrumado, con la piel seca, un color ceniza, el gesto ausente, la mirada triste que destilaba desánimo. Sospeché que el tiempo también había cambiado su carácter, transformándolo en un ser anodino pero fácilmente irritable, aún más de lo que recordaba.

Bruno, ese hombre que en algún momento de mi vida supe amar a mi manera, que me amó a su manera, al que toleré y con el que conviví, también a la manera de entonces, sin llegar a sentir por él, nunca, nunca, ni una milésima parte del amor que sentí por Ignacio Wilmart en aquellos años; ese hombre cambiado, viejo, tan viejo como yo, estaba ahora frente a mí. Y yo sentía que algo en él me pertenecía. Era algo difuso, pero entrañable.

Nunca había sido demasiado afectivo ni ingenioso y, sin embargo, yo lo había acogido durante mucho tiempo como a una especie alegre de animal doméstico. Sí, en algún momento lo había querido, y él había tratado de hacer méritos para ganarse mi cariño.

—Está lloviendo mucho, ¿no? —dijo Bruno y me miró. Era una cita malograda, un malentendido o, peor aún, un convincente simulacro de malentendido. Todo estaba en el sarcasmo que empapaba su voz, en el desengaño, en la ironía y la tristeza de sus ojos.

La lluvia continuaba azotando las veredas, formaba regueros y charcos, e inundaba las bocacalles bajas del barrio. Hasta ese momento el invierno había sido seco en la región central de Chile y los rododendros y la pequeña gardenia que veía a través de la ventana del bar, sobre los macetones de la casa vecina, se mostraban mustios. Hasta las ramas de un pehuén del rincón de la esquina habían perdido la frescura y el color.

Hacía poco que me había cambiado a un departamento de la calle Rosal, casi llegando a José Victorino Lastarria. Era antiguo,

señorial, amplio y a Nacho lo hacía feliz porque era algo bohemio, quedaba cerca de la universidad donde enseñaba y cerca de todos los sitios que él amaba y frecuentaba en Santiago, cuando no andaba de viaje por el mundo. A mí también me encantaba el barrio, su vida cultural y nocturna.

Sobre la mesa seguían las tazas de café vacías y el maletín sin abrir. Cada cual estaba consigo mismo, como en un naufragio.

Volví a mirar a través del vidrio. Las gotas de la lluvia golpeaban la transparencia y cada chispa se diluía en un minúsculo río desprotegido que resbalaba con rumbo incierto.

Como si se tratara de ofrecerme en sacrificio a un dios colérico, abrí el maletín y saqué unos sobres con viejas fotografías. El papel mate de las primeras, un poco ajadas, mostraban la imagen de una criatura escuálida, un cachorro de gorrión con alas breves. Un niño de nariz afilada, labios delgados, unos ojos profundamente verdes, profundamente tristes, la piel demasiado pálida y los cabellos rubios, lacios y sin lustre.

Bruno disimuló una mueca, la expresión quebrada. Hizo un gesto con la mano, como si pretendiera obviar las fotografías, como si se propusiera negarlas.

Me sentí actuando en el escenario de un teatro vacío. «Es tu hijo, es Nacho», le dije en un susurro. Bruno miró las fotos con un gesto de sarcasmo, era casi una estúpida expresión de triunfo.

Cada uno de nosotros ignora lo que el tiempo nos hará, en qué será capaz de convertirnos, hasta que llega un día extraño, impensable, en el que nada es como fue siempre. En ese momento, Bruno Binelli Burgos tenía la mirada vidriosa de un animal viejo. Soltó una risa breve frente a una foto de Nacho adolescente, se parecía a él de joven. Se parecía muchísimo.

—Es físico y de los buenos, tiene ya casi 40 años, vive con una piba linda, más joven que él. Viaja mucho, pero pasa bastante tiempo en mi casa, tiene allí su estudio.

—Y lo bautizaste Ignacio —Bruno siempre había sabido juzgar los actos poco lúcidos de los demás con un regocijo que desembocaba en la crueldad.

—No lo bauticé, pero así se llama.

Sobrevino un silencio largo, pesado.

—Y lleva mi apellido —agregué.

—Obvio, no va a llevar el apellido del muerto.

—Tampoco el tuyo.

La mirada de uno lastimaba al otro. El gusto en mi boca era agrio.

—Un muerto sin pena ni gloria... El ciclo completo de una comedia de marionetas.

—Bruno, basta.

Ambos bajamos la vista y enmudecimos. Yo estaba tiesa; seca como un sepulturero.

Escuché los acordes de una canción vieja que sonaba en el bar, una melodía dulce, nostálgica, una cadencia y una voz que parecían llegar desde muy lejos: «Voy a hacerme un cigarrito, acaso tengo tabaco… Ay, ay, ay, me querís». El recuerdo de Ignacio Wilmart dolía cada vez que lo convocaba o que se me presentaba sin ser llamado. Esa era otra razón, una más, por la que los muertos no debieran regresar nunca.

Pero había estado oficiando de Lisístrata. Me sorprendí añorando una caricia de Bruno, recordé su piel desnuda, la promesa de otro futuro, un futuro corto pero luminoso, recuperar un susurro de antaño junto a las almohadas, los cuerpos sudorosos, una mirada de ternura, de sorpresa, de deseo. ¡Tantos reproches autoinfringidos, tantas reprimendas por deslealtades añejas! ¿Hasta cuándo?

El bello y atrevido «tres B» y yo, nos habíamos conocido siendo demasiado jóvenes y también demasiado viles. Nos habíamos hecho mucho daño, pero no por eso merecíamos lo que nos estaba sucediendo. Me di cuenta que esperaba una sola señal de Bruno y ésta no llegaba. Por el contrario, él me seguía observando con dureza, con frialdad.

La lluvia arreciaba. Puse ambas palmas de las manos sobre la mesa del bar y lo invité a salir, a caminar las dos cuadras que nos distanciaban de mi departamento. Bruno disimuló una mueca, sacó unos billetes arrugados del bolsillo y me siguió de mala gana.

Afuera, abrió con cuidado su enorme paraguas negro. El agua pegaba con fuerza en la tela de rayón, negra y tensa, y caía alrededor de nuestros cuerpos en delgados chorros, como desde el declive de un tejado.

Caminamos silenciosos y sin mirar a los costados, como si tuviéramos los ojos clavados en el suelo o en algún lugar de la memoria. Anduvimos despacio bajo la lluvia torrencial, casi sin tocarnos, por la calle Rosal a esa hora cargada de sombras y neblinas.

—Teníamos poco más de veinte años. No nos parecíamos al hombre y a la mujer que ahora somos —dije, como si quisiera dar comienzo a otra historia. Bruno asintió en silencio, parecía asustado.

—Decime Julia: ¿Para qué? ¿Por qué ahora? Ahora que estamos más cerca del arpa que de la guitarra. ¿Para qué?

—Por algo estás acá. Por algo viniste a verme. Y yo ahora estoy más viva de lo que he estado siempre, desde que nos conocimos en Santiago hasta la última vez que nos encontramos en el Café de Los Angelitos, en Buenos Aires, hace ya tanto…

Él ensayó una sonrisa antigua.

—¿Por qué vine? ¿Por qué estoy acá? —yo me paré en la puerta del edificio, me quedé quieta, y lo miré complacida—. Tal vez porque estuve mucho tiempo esperando la última escena de *Las Mil y Una Noches* ¡Ja!. El último cuento de Scherezade, último para mí por lo menos… Mirame: ya no soy ningún sultán. Aunque, todavía... ¿quién te dice?

Cerré los ojos y escuché la voz de Ignacio, vi su imagen joven, imbatible, ilusionado bajo un árbol de jacarandá, una imagen imperturbable frente al paso del tiempo: un cuento de *Las Mil y Una Noches*, el de la joven Zeina, su padre y el malvado hijo del sultán: «¡Y vas a ver que yo cumplo!, como pocas cosas en la vida, vas a ver que ésta yo la voy a cumplir, compañera. Y estaremos siempre juntos, en un mundo justo y equitativo y seremos siempre felices. Si lo lográs… Esto es una lucha y una carrera, una tensión, un destino final entre vos y yo. Acordate bien: llorar y reír a la vez, desnuda y vestida a la vez, a pie y cabalgando a un mismo tiempo…».

¡Qué simple!... Sin tener la menor idea de ese juego tierno, infantil entre Ignacio y yo, un juego a su vez ingenioso y profundo, Bruno había dado en el clavo.

Subimos silenciosos a mi departamento. Estaba en la parte delantera de la residencia, en la fachada sur.

Había guardado una botella de Malbec para alguna buena ocasión; era una de esas botellas que en otros tiempos Bruno se habría detenido a mirar con admiración, escudriñando la etiqueta y tildándola de incunable. Esta vez tomó el vino con la izquierda, recibió con la mano derecha el sacacorchos que le extendí, depositó la botella sobre la mesa de laca bermeja y comenzó a abrirla con el mismo desgano con que sirvió luego las dos copas que le acerqué, mientras yo me apresuraba a prender la estufa, colgaba los abrigos húmedos y encendía el audio.

Me senté. Un resplandor amarillento me dejaba casi oculta bajo la luz y la sombra de una lámpara de pie. Afuera la lluvia, y el aire que parecía congelarse a un par de grados bajo cero.

Otra vez Bruno y yo, y el sabor de las copas llenas.

Me pareció que ambos estábamos juntos y también solos: en los alrededores de nuestras vidas. Los balbuceos de Bruno sobre trivialidades y su propia voz eran ajenos, eran roncos, distantes.

Me contó que después de aquel encuentro en Buenos Aires, en el Café de los Angelitos, migró a Venezuela y de allí a Europa. Recuperó a su hija y a su compañera chilenas, con la misma urgencia con que luego se separó de ambas. Tiempo más tarde regresó a Argentina y luego a Chile, un poco después que yo. Yo lo hice por el tiempo del plebiscito, él unos cinco años más tarde, a mediados de la década de los noventa. Antes se había vuelto a emparejar con una mendocina, dueña de bodegas y viñedos, y tuvo otros dos hijos con ella, volvió a separarse y se radicó en Iquique. Me lo contó al pasar, degustando con parsimonia el buen Malbec y sentado con cierto abandono en el sillón más amplio del *living*. Su tono seguía siendo sereno, todavía algo desafiante, algo que siempre le había sido tan propio.

Sobre una biblioteca baja, junto al ventanal, había un jarrón con rosas blancas y unas velas de color naranja. El reflejo de las pequeñas llamas titiló sobre los cristales mojados. Simone Dinnerstein ejecutaba con maestría la *Suite Francesa N.º 5* de Johann Sebastian Bach.

—A Nacho le gustaría conocerte —dije con cierta vergüenza, casi con dolor.

Me había puesto de pie junto al ventanal, mirando hacia afuera, mi copa en la mano. Cerré los ojos antes de beber y cuando los abrí sentí que deberían estar más grandes, más claros y más limpios. Después volví a sentarme, concentrada, digna, y a la defensiva.

Me había atravesado el impulso de pedírselo así, casi en silencio, con la persistencia irracional de un deseo que a menudo nos hace olvidar cuáles son las circunstancias y quién es quién. Un deseo contradictorio, culposo, que omite la opinión que uno tiene de la persona que está delante de nosotros. Algo impropio del momento y del lugar, allí mismo donde minutos antes sólo predominaba una suerte de pulsión casi incestuosa, una sensación de arrepentimiento, o de error o desprecio.

Él ya había admitido suficientes sombras, no debí haberle dicho nada.

La intensidad de su silencio lo convirtió de repente en un ejemplar destacado entre la multitud de hombres que se niegan a hablar en los momentos en que es necesario hacerlo.

Bruno se levantó con dificultad, se acercó, me acarició los hombros y me besó con una mirada casi indulgente que interpreté como una bendición.

Cerré los ojos, frágil como una hoja seca, respiré profundo y sentí el resplandor de un fuego olvidado que pasaba por mi boca. Algo que no era ni sufrimiento ni felicidad, ni tampoco un arrebato de deseo, pero a la vez contenía alguna luz, como el primer resplandor de las mañanas.

Fue como si de pronto desaparecieran las viejas sensaciones de intemperie, de soledad y viento frío. Sin embargo, la ausencia de

algo similar al entusiasmo es indisimulable, y lo percibe hasta el ser más optimista.

Un mensaje de la piel, tenue y escéptico, desvaneció mi espejismo breve.

—El fracaso es un mal asunto, Julia. Lo envenena todo —la voz de Bruno parecía haberse llenado de furia; su mirada era de sinceridad, de desgarro, de una desnudez impactante.

Caminó despacio hacia el vestíbulo, descolgó su impermeable con un gesto cansado, recogió su paraguas, cerró la puerta y se fue.

Bruno no conoció a Nacho, no quiso hacerlo.

XXIV

Me dolió que mi hijo no disimulara su frustración. Le costaba entender que la vida no es como la física o las matemáticas, porque en la vida no hay respuestas sencillas. Me dolió por él, no por mí.

Si bien Nacho conocía mi historia y la respetaba, sabía de mis sentimientos y los compartía, se había ilusionado mucho con la idea de conocer a Bruno y descubrir algo nuevo en él. Pero fue su padre el que rechazó la idea de un encuentro. A Bruno no le interesaba el pasado. Era poco lo que le interesaba en la vida, casi nada. En ese momento lo creí así.

Me dediqué a la lectura de *Las Mil y Una Noches* y descubrí aquel misterio o acertijo que había jurado por la Revolución socialista resolver sola, dentro de mi pura imaginación. Después de tantos y tantos años había comprendido el enigma del que abusaba Ignacio, y que había mencionado Bruno al pasar, sin tener la menor idea de aquella historia ingenua, de aquel juego perdurable.

Después de esa lectura de todos los tiempos, descubrí que era posible llorar y reír a la vez, presentarme desnuda y vestida a la vez, ir a buscar a Ignacio a pie y cabalgando a un mismo tiempo. Sólo que me habían faltado las luces de dos mujeres inteligentes, confiadas y amantes, como Zeina y Scherezade. Sólo que ya era tarde. Muy tarde para entender que todo era posible, sólo que yo no lo había aprendido a tiempo.

> *La joven Zeina se echó a reír hasta casi desmayarse y luego dijo: En cuanto a la primera condición, no tiene*

más que coger una cebolla y en el umbral del palacio del sultán, te frotarás con ella los ojos. Y estarás llorando y risueño en el mismo momento.

En cuanto a la segunda condición, no tienes más que ir a casa de nuestro vecino el pescador y rogarle que te venda una de sus redes. Me traerás esa red y con ella te haré un traje para que te lo pongas sobre la carne, después de haberte quitado toda la ropa. Y de tal suerte, estarás vestido y desnudo a la vez.

Y, por último, en cuanto a la tercera condición, ve a casa del arriero y ruégale que te preste el asno que nació hace poco. Y te lo llevarás. Cuando hayas llegado a casa del hijo del sultán, de ese granuja, montarás en el pequeño asno y como tocarás el suelo con los pies, andarás caminando al mismo tiempo que el animal avance. ¡Y de tal suerte, irás montado y a pie al mismo tiempo!

Lo único que me había dicho Ignacio todo el tiempo, era que todo es posible, que nada era imposible entre nosotros, que nuestro amor era posible, que pese a su trato esquivo me amaba. Y yo había apelado a los pocos recursos que encontraba a mi alcance para sonreír, para divertirme junto a él, para fabricar esperanzas donde no las había, para no pensar con la astucia de la joven Zeina.

En mi ignorancia, sólo pagaba desprecio con desprecio. Incomprensión y desprecio, con Ignacio y con todos, toda la vida. Había sido el alivio momentáneo de mi rabia, algo que me devoraba por dentro como una fiera hambrienta, un enemigo íntimo y desconocido. Y recién ahora lo comprendía.

Demoré un par de semanas en escribir el final de esta historia.

Gonzalo percibió mi tristeza y me propuso unos días de descanso en la montaña. Él había terminado la entrega del último de sus proyectos, aún no comenzaban las obras y estaba relajado y alegre. Nos fuimos solos a la cabaña de unos amigos, en Farellones.

El clima estuvo estupendo y los atardeceres al sol, los días escapándose detrás de las montañas heladas, fueron maravillosos.

Gonzalo Urrutia era mi ancla simbólica, era capaz de impedir mi deriva tanto a mar abierto como en las aguas de mis ensoñaciones.

Durante las mañanas caminábamos por pequeños senderos rocosos acechando cualquier señal de colorido, el más pequeño asomo de las hojas de un jacinto o la flor de un cactus, el primer toque de amarillo en los arbustos de los aromos o las alas de un cóndor imperturbable volando a lo lejos. En las noches los destellos de la ciudad de Santiago dibujaban círculos movedizos con haces de luces blancas en medio de un océano oscuro que parecía sólido y negro, indómito e inmenso.

En aquella terraza de la casa de Farellones, durante uno de esos atardeceres, volví a pensar en Bruno. Mi cabeza descansaba en el hombro de Gonzalo y su mano acariciaba mi pelo con cariño, con la misma naturalidad con que el calor se desprende del fuego.

—Te gustaría seguir creyendo, ¿no es cierto?

Lo miré curiosa, sin entender.

—Creyendo en los mitos, sin resentimiento, sin odio. Una estrategia para resolver el duelo y ahuyentar esa melancolía, que no termina de extinguirse, ¿no es cierto? —Gonzalo cerró los ojos y siguió acariciándome—. Los años setenta fueron los de la mística. Fueron los años en que era joven la última generación latinoamericana que tuvo mitos. Creo que fue Bolaño el que lo dijo ¿no? Tú debes saberlo.

No le respondí. ¿Para qué? Nadie nunca es del todo inocente. Teníamos la piel sumergida en las sombras… Y tendrán que armar la historia de nuevo, porque nuestra página no estaba escrita, así repitió los versos de Gedda la voz mapuche de Elicura Chihualaf. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que luchábamos por un ideal, pero sobre todo, que estábamos terriblemente locos.

Y volví a pensar en Bruno. Comencé a entender que había algo vivo en él. Mejor dicho, que siempre hubo algo vivo y no expresado entre Bruno y yo. Algo más que un hijo no aceptado, algo más que las diferentes perspectivas de cada uno. Algo que nos hacía muy

parecidos, pese a las diferencias, y que tal vez se mezclaba con los recuerdos de otros tiempos, que cruzaba las distancias y recuperaba las ausencias.

Como no hay historias ni acertijos sin puntos ciegos ni contradicciones ni sombras ni fallos, lo mismo en las reales que en las inventadas, pensé que en todo lo vivido y relatado había algo innombrable que no había muerto y que nos unía a mí y a Bruno desde hacía mucho, desde siempre, desde aquel tiempo que llegó a pertenecernos a ambos.

Miré a Gonzalo a los ojos, le sonreí y agradecí íntimamente su existencia.

El sol comenzó a retirarse lentamente, con tibieza, con cierta solemnidad.

Este libro se editó en marzo de 2015, Año Internacional de la Luz y de las Tecnologías basadas en la Luz

Otros títulos en esta misma colección

La camisa verde oliva con charreteras planas estaba en un extremo del colgador del ropero. En el otro, con muy pocas prendas en el medio, mi vestido lila estampado, el que usaba para las buenas ocasiones. Era lo que mejor me sentaba, un vestido en el que confiaba más que en cualquier otro dentro de mi escaso vestuario. Era de un fondo lila claro con flores pequeñas de color violeta oscuro. Ceñido y escotado, de una tela suave y delgada, se pegaba a mi cuerpo con docilidad en los hombros y en la cintura; después de marcar las caderas, se acampanaba dejando al aire buena parte de mis piernas. Unas piernas que la moda de la revolución siempre escondía tras mis atuendos militantes, adustos, penitenciales, casi monjiles. Era el viernes 4 de septiembre de 1970, el viernes de la Victoria, había ganado Salvador Allende las elecciones y la primavera se anticipaba en Chile.

e-Dit ARX
PUBLICACIONES DIGITALES